

José María Izquierdo

SILENCIO

Valencia - Oslo - Snertingdal

©José María Izquierdo Paredes, 1999

IMPRESO EN ESPAÑA
DEPÓSITO LEGAL:

DKTEGORIA IMPRESORS, S.L.
Olivereta, 5 - VALENCIA - 96 384 01 03

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro no autorizada por editor de este libro.

SILENCIO



Mont

JOSÉ MARÍA IZQUIERDO PAREDES (Valencia, 1954). Doctor en Filosofía Pura. Hispanista, crítico literario y autor de numerosos ensayos. Fundador de la colección QUERVO POESÍA de Valencia. Ha publicado, entre otros los textos *Tensión de alumbramiento* (1985), *Hamnøy* (1987), *RUMBO PÁNICO, él* (1989), *El bosque dorado* (1989) y *Svarbak* (1989). Algunos de sus poemas han sido traducidos al italiano y al inglés. Actualmente reside en Oslo trabajando en su universidad.

Esta novela recibió, de la Excma Diputación Provincial de Valencia, una «Ayuda a la Creación Literaria» en la primavera de 1991.

Para Are.

«Él le explicó y ella lo miró y él vio que sus ojos no eran avellana sino amarillos, como de gato, y que lo miraba con una sobriedad especulativa como la de un hombre: profundos, más allá de la mera audacia, especulativos más allá de la fijeza.»

William Faulkner, *The Wild Palms*.

BOSQUE

«Ir al bosque, adentrarse profundamente en el bosque, [...], confiarse totalmente al bosque, de eso se ha tratado siempre, el pensamiento de no ser otra cosa que Naturaleza. Bosque, monte alto, tala, de eso se ha tratado siempre,...»

Thomas Bernhard, *Holzfällen - Eine Erregung*.

Vivir en un oasis extranjero y casi hiperbóreo como Noruega, en esta ciudad caótica de Oslo, supone siempre el abandono de rutinas vitales y el inventar, redescubrir en realidad, otras nuevas. Deshacer las lealtades del médico de cabecera, del temido dentista, de la oficina de la delegación del Ministerio de Hacienda, del bar de Filosofía y de los bares de los viejos amigos. Deshacer lealtades como las creadas por la monotonía de un acudir al trabajo de ocho a dos, de tres a cinco, y aún las edificadas sobre necesidades tan luminosas como las lechugas, los tomates, el jamón o los filetes, el pescado o el regalo de la fruta de temporada. Y esas tertulias en restaurantes servidos por eficaces camareros y su excelencia el doble de Franco, y esas deliciosas veladas en casa de tu amigo mientras pierde el Real Madrid o la selección nacional. Risas, risas que aniquilan los innobles ruidos de la barbarie automovilística. Reconstruir, en la medida de lo posible, reconstruir esas lealtades. El médico, el

dentista, la oficina de la delegación de Hacienda y poco más. Combatir el exotismo de llegar del sur, la idiotez de las conversaciones de tipismos y peculiaridades turísticas que llenan el silencio de sonidos sin sentido, meros signos copulativos. Desarraigo del extranjero que no se permite renunciar a su arquitectónico pasado, desarraigo de un exilio autoimpuesto, pasión de eremita. Y ya ves, aquí estamos, paseando tras bajar del tranvía mientras te acercas a la biblioteca para leer alguna rareza de esas que nos han destrozado la vida. Esas rarezas de iluminados exploradores de las existencias de los otros o del pasado colectivo de todos nosotros. Sí, ya ves, aquí estamos, entrando en el silencio, en el silencio polvoriento, de este escandinavo cementerio de las palabras.

Hoy hemos llegado pronto a este paisaje ya tuyo de tan visitado durante estos dos años, café horroroso, butaca de faquir, mesa amplia y sesenta vatios de luz en una mañana de nieve y silencio de algodón. A las ocho de la mañana sólo podemos leer con dolor de espalda, justo a la altura de los riñones, algo de prosa, algo referido a nuestro trabajo, pero a la vez alejado de lo puramente medieval. Buscar el libro, un facsímil del viejo *Codex Aureus*, acercar el flexo, beber con dolor un poco de este café laxante, noruego, y bucear entre unas palabras escritas en un idioma que no dominas. Pero antes, un momento de reflexión pensando en la bolsa negra de basura abandonada en su sitio a la espera de tu regreso a casa, un momento de complicidad con una historia leída hace días y que te hizo recordar otro país, otro horrible café, otras bolsas de creciente basura. Y es que hoy, desde luego, no estás por la labor, quizás porque te duele el silencio cómplice de los ángeles de esta biblioteca. Quizás, porque tu mirada se desenfoca en forma de pensamiento, tal vez en sueños de antiguos bosques silenciados por el invierno. Pero no puedes hacer nada más que leer el texto, no tienes más remedio que trabajar con los sueños de otros, con los recuerdos de otros, con la pasión de narrar de otros. Y abres el *Código Aureo* y descubres entre los dieciocho poemas del poeta escaldado Ari Mørkelys, escritos en el

endiablado noruego antiguo, una saga inacabada de las denominadas de estirpe o en islandés: «Ættesögur». Y te reconforta el pensar que quizás hoy no te pierdas entre los oscuros laberintos de los poetas cortesanos islandeses y noruegos. Y comenzamos a leer y ante las dificultades desenfocas la mirada y nos abandonamos en un monólogo antiguo perdidos en algún valle, entre montañas, en los lindes de algún bosque y sin pensar, y sin querer, envueltos por la melancolía de los tiempos medievales, nos abandonamos en la liturgia de los mitos de nuestro magma interior, de nuestro infinito cerebro. Y soñamos entre líneas los sueños del monje escribano del *Codex Aureus* y de su guerrero birkebeiner en la Noruega del rey Sverre y sus fieles compañeros.

Parpadea la luz, la nieve cae silenciosa llenando de algodones mis límites, parpadea la luz, en realidad parece que pierde fuerza, se oscurecen mis límites, nada oímos, nada sentimos y una prematura noche de mitos y sueños nos invade. Y caigo por las borrosas laderas de los cristales, y todo es algodón, niebla que clarifica, y la bombilla ya no parpadea y no existen mesas a mi alrededor, ni sala de lectura, ni noruegos comiendo clementinas en las inexistentes mesas que me rodeaban, y mis límites se transforman, y ya no nieva, y el frío sol de invierno brilla en el cielo y en los espejos de los verdes pánicos, en los abetos, y empiezo a sentir un calor de fuego en el rostro, un escozor de humo en los ojos, y mi ropa desaparece, y aparece otra, y oigo ruido de telares y juegos infantiles, y escucho el viento de las montañas de Jotunheimen...

AUTOPISTA

«Hice mi habitual voto de permanecer en tierra a partir de entonces, voto nada fácil de cumplir en una época en que la mayoría de la gente está dispuesta a sacrificar su bienestar físico por una abstracción como la velocidad. Creo que la humanidad inventó los conceptos de tiempo y velocidad para reforzar su ilusión fundamental de que la experiencia de la vida puede enfocarse cuantitativamente.»

Has estado mucho tiempo en este muelle de Aker viendo partir el barco de København mientras por tu recuerdo discurrían las imágenes de tus padres con su ilusión dominical de tomar una sepia a la plancha en la escollera del puerto viendo partir, esta vez, el barco de Ibiza, de Mallorca y algunos barcos de carga...

- No Jose, no, ese es un vinatero. El carguero es aquel que está junto al práctico.

Has estado tanto tiempo mirando tu isla, la isla principal del fiordo de Oslo, Hovedøya, que vuelves a recordar la recomendación de tu padre de andar junto a ellos o delante, pero nunca detrás. Y vuelves a oír al «¡papero, papas!» y sientes, de nuevo, la necesidad de decir «papá, por favor, cómprame una bolsa». Pero ya ves que no, que el tiempo ha difuminado el perfil de aquella posibilidad y la ha convertido en un mero recuerdo, como aquellas «pieeeedras para mecheeeeeroo», con las que el estraperlista de la plaza del Collado intentaba llamar vuestra atención. O el anuncio del «¡Jornaaadaaa, ha salido Jornaaadaaaa!» pregonado por el enlutado enano de Casa Balanzá, y que te hace sentir de nuevo la cálida, la enferma mano, de aquel ser con el que te ibas al cine y que te fue siempre desconocido. Recuerdas ahora el paseo vespertino hacia el «Casino del Tiro de Pichón», recorriendo las viejas calles de tu Valencia de la infancia. El Mercado Central, el viejo Economato Militar, las tiendas de los chamarileros, las escaleras de la Lonja, donde tu padre siempre te sorprendía, siempre, hablando el dialecto rifeño con aquel moro vendedor de pachulí -«perfume de putas», según te dijo cuando tú, ya adulto, te sentías hippie y te perfumabas el bigote con tan emblemático aroma de los setenta. Y la última juguetería donde pedirle que te comprara «soldaditos», el Collado, la calle de los Derechos y «vamos a ver los pajaritos de la plaza Redonda», antes de tomar una horchata líquida en Santa Catalina, «no te la bebas tan rápido, no hagas burbujas con la pajita, límpiame las comisuras que sino te saldrán boqueras», y penetrar en la penumbra silenciosa y de tresillos de

cuero del «Tiro de Pichón» para que te cortaran el pelo a «lo Marcelino pan y vino», antes de pasar al más adulto y temible «Arriba España». Y después, cumplido el ritual paterno de la lectura superficial de aquella absurda prensa propagandística y de tus TBOs, os ibais a comprar triángulos de chocolate y crema rellenos de cabello de ángel o aquellos otros, tan ricos, de manzana y hojaldre, en «Lerma», tras hacer algún comentario jocoso de la otra pastelería de la calle de la Paz, «La Rosa de Jericó», tan cursi, tan dulzona, tan «de pueblo».

Recuerdas hoy tantas cosas olvidadas, tantos buenos momentos -siempre en domingo- tomando algún aperitivo en el puerto o en el cuartel de Paterna o en el de Bétera, antes de lavar el coche en el pinar de Portacoeli. Y aquellas excursiones por la cañada cercana al hospital de los tuberculosos donde él siempre te proponía encontrar el «vellocino de oro» transformándoos, lo supiste años más tarde, en míticos argonautas. Recuerdas aquella primera lectura de sus *Ráfagas del recuerdo* o las primeras discusiones en las que él defendía la Vida con mayúsculas frente a la lectura de rollos como *El Capital*, que él, sorprendentemente, había leído. «Eres joven, hijo, disfruta de la Vida y olvídate de esas puñetas». O cuando te proponía leer a un Pierre Loti que años más tarde, mira por donde, leíste y hasta te gustó. Después las cosas se complicaron y la vida os fue distanciando en silencios de incomprensión y rebeldía. Más tarde el tiempo os hizo cambiar los papeles de padre e hijo y, por fin, aniquiló, con cruel lentitud, a aquel platónico padre que te inspiró tanta, tanta aventura.

Empiezas a tener frío en este gélido Oslo y decides, decidimos, ir a tomar un café. Maldito café escandinavo creador de adeptos al té o al chocolate aguado. Hoy hace frío y piensas en tu próximo viaje a España recorriendo toda Europa, como otras veces, como siempre. De un extremo geográfico a otro, de una manera de ser a su opuesta. Del frío y la soledad en las calles, al sofocante calor y sus ruidos. Piensas en ese próximo viaje en coche, pero también recuerdas el eterno retorno de la primavera y piensas que quizás, en marzo, vuelvas a ver en la vieja iglesia de Aker a Juni

Dahr y su *Jeanne d'Arc* y en marzo, quizás, veas a través del fuego el antiguo mensaje de las mujeres y agonicen entre las brasas las divinas brisas de la maldición que las asola. Pero en marzo, sobre todo, esperarás que la nieve desvele sus secretos y descubrirás el amanecer de aquellos objetos olvidados, lanzados a la calle como los minutos fallecidos, congelados en los cristales de nuestros recuerdos. Y en marzo, en sus mañanas heladoras espriaremos el horizonte con la esperanza de encontrar, una vez más, las flechas de los patos, las flechas de las ocas, las luminosas flechas de los eternos nabateos. Y en marzo, en los amaneceres, maldeciremos el repiqueteo de las urracas, el graznido de grajos y cuervos, la acción del martillo pilón de la cercana obra de Obos, los gritos extranjeros de la mañana. Y en marzo, te abrigrarás con ella, la tejedora, en la cama, bajo los edredones, soñando con que el gnomo dormirá cinco minutos más en su cuarto de miniatura. Y en abril descubrirás que las flores, los dientes de león y las pezuñas de caballo han vuelto a las cita de los tiempos. Y mayo como siempre será un algo confuso y nulo de manifestaciones y colores. Y un nuevo Junio te hará más joven. Junio, cuando florecen las lilas. Cuando las lilas de junio alumbran con su perfume las boscosas alamedas. Cuando el cielo se puebla de estrellas y el frío de la noche, en los lindes de los bosques, seduce lagos y charcas, esos mares donde navegan, con gracia de juguete infantil, los patos. Junio, cuando la Vía Láctea de nuestro Nybak nos enseña los viejos caminos de las constelaciones y su poética, y su luz, y su belleza intacta en Snertingdal. Pero ahora es invierno, amigo mío, y debes partir a tu sur. Debes recorrer, de nuevo, la cinta de alquitrán desde Oslo a Valencia anotando dolores, sabores, paisajes y el implacable odio y el profundo terror de las autopistas, su tediosa y malévola existencia. Mañana, será mañana cuando, temprano, recojas el equipaje, algo de beber, los casetes de Afzelius, Wiehe, Leonard Cohen, Sabina, Aute o vete tú a saber qué más recuerdos querrás oír. Y bastante dinero en diversas monedas, y los guantes para poder conducir sin quemarte las manos con el gélido volante, y algo de tabaco negro,

«Partagás», por si las moscas, y unos lentes oscuros para soportar el cegador sol escandinavo de todos los inviernos, cuando luce, y tendrás que rascar el hielo formado en el parabrisas y en todos los restantes cristales, y probarás arrancar el auto cruzando los dedos y, si funciona, sentirás cierta ilusión viajera y un tremendo cansancio. El cansancio de todos los viajeros de las autopistas, la derrota de las hormigas rutinarias y sus silenciosos monólogos sobre el asfalto. Emboscarse, siempre se ha tratado de eso, emboscarse en alguno de nuestros secretos, de nuestros olvidos.

BOSQUE

I

Sopla el viento del norte en las montañas de Jotunheimen. Sopla el viento en la residencia de los grandes señores. Sopla el viento reinando en el mundo de los cielos, de estos cielos hoy abiertos. Abiertos, claros y fríos. Sopla el rey de los cielos en un mundo silenciado por la nieve, sobre una tierra helada, sobre los verdes abetos blanqueados por el frío, sobre los verdes abetos amenazadores y amenazantes que, como gigantes, están castigados a la inmovilidad en su aberrante enfrentamiento contra el cielo. Un invierno más, un año más en esta cabaña observando en su interior el lento transcurrir del tiempo. Estudiando los pequeños desperfectos que él ocasiona. Esas raspaduras de los troncos que habrá que volver a calafatear en primavera, las desgastadas junturas de los respiraderos, los arruinados aparejos del hogar. Un invierno más escuchando las pequeñas pisadas de los ratones del campo, revividos por el calor de la lumbre, los relinchos de nuestros dos caballos, el revolcarse de los cerdos en la porqueriza y el balar de nuestras ovejas y cabras en los rediles. El invierno es así, un detenerse para escuchar, al calor del hogar, cómo se adormece el mundo. Un nuevo invierno, pero a la vez un invierno distinto.

La tejedora se sienta en el sur, en el lado sur de la casa, tejiendo la ropa del próximo verano y una preciosa estera con los hilos que ella misma tiñó de colores de otoño, esos colores recolectados hace meses, en el bosque cercano, en forma de hojas,

hongos, frutos y bayas. Un invierno más, un año más, pero diferente. Con el cereal recogido tras una abundante cosecha, con la despensa repleta de truchas y salmones ahumados y enterrados, con suficiente carne de alce, reno y corzo secada al sol y al seco viento de la sierra, con los recipientes donde fermenta el hidromiel y la cerveza rebosantes. Un año más, sí, pero también distinto. Un año diferente, un año sin guerras, un año en el que cuidar de nuestros rebaños y pensar en el futuro, ese esperanzado futuro que nos muestra la fortaleza y alegría de nuestro hijo Ari. Ese futuro incierto, pero en el que se vislumbran tiempos de paz, aunque ésta sea el producto de la derrota de nuestros sueños convertidos ahora en leyendas de una edad de héroes. Un año más, pero un año distinto, un invierno diferente por su crudeza, pero también por su tranquilidad, por la ausencia de visitantes de quienes escuchar antiguas historias y sagas, y a quienes recitar algunas canciones aprendidas de los poetas escaldos de la corte del rey. Otro año sin escuchar las predicciones de la sibila de Ringebu, ahora perseguida por bruja. Un invierno más, en el que recordar la última llamada del rey. Un invierno más, sí, observando las llamas del hogar, observando el fuego y su mundo, y observándonos a nosotros mismos a través de él y de los recuerdos.

Y ahora, que sopla el viento del norte en Jotunheimen silenciando el aullar de los lobos, te veo a ti, mi querido camarada, en el espacio intermedio entre las negras y blanquecinas cenizas y la coronación de los rojos y amarillos de las llamas. Es como si te ocultaras en aquel viejo Migård de nuestros antepasados, entre el Ásgård de los dioses y el frío infierno del Hel, antes de que se cumpla el destino en forma de turbulento Ragnarøkk. Sí, te veo en ese espacio intermedio y azul, en aquellos días alegres cuando, jóvenes aún, recibimos la llamada del rey para que acudiéramos todos a Nidaros. Rememoro los preparativos, hace ya catorce años, y aquella ilusión por recorrer los caminos, por ver los nuevos mundos que nos ocultaban las montañas, por salir del valle ascendiendo a las cumbres siempre nevadas de las serranías y descendiendo al país del oeste, a los fiordos

desde donde nuestros antepasados viajaron como vikingos hasta Thule, las tierras descubiertas y hoy arruinadas al oeste del océano, y el infinito sur. Aquellos días juveniles fueron los tiempos de las grandes confesiones, de las dudas y la confusión, cuando los legisladores del Ting de Gulen no pudieron responder a nuestras preguntas. Entonces, recuerdo que salíamos muchas noches a cazar en la colina del ahorcado y que a la luz de la luna nos confesamos fervientes defensores de la antigua creencia. Aquella que nos hacía ser respetuosos con la montaña y el valle, el fresno, la encina y el roble sagrado de nuestros padres fundadores, de los creadores de nuestra fama actual de guerreros con piernas de abedul. Qué enorme alegría nos proporcionaron aquellos proyectos de ser valientes luchadores como Sigurd combatiendo al dragón Favnes, aventureros descubridores como Floki Vilgerderson o los hermanos Ingolf y Leif Arnarson, poetas como el escaldo Bragi y sabios como Njal. Qué lejanos parecen aquellos días, qué ocultos por los años se esconden esos proyectos de nuestra juventud plagada de modelos, de arquetipos irrepetibles por serlo de vidas únicas y no de la única vida. Pero eso lo comprendí mucho más tarde y no estás aquí, mi querido camarada, para hacerte partícipe de todas las inquietantes intrigas que la vida, por mí agotada, ha desplegado frente a mis cansados y húmedos ojos. Una vida que me ha hecho sentirme ajeno al destino y su fatalismo, que me hace estar a cada instante más alejado del Dios del Cielo y sus fatalmente humanas manifestaciones, y más cerca de los tiempos de tregua de los señores de nuestros padres. De los bosques y ríos, mares y lagos, montañas, valles y desfiladeros. De la lluvia, de su nieve, de los hielos y del rocío, de la escarcha y de las fuentes. Es tristemente hermoso recordar aquellos días, nuestros días, desde éstos que ahora vivimos en la cabaña que nos ha visto envejecer. Ver el collar que regalé por aquel entonces a la mujer que, ya en los días de nuestra juventud, empezó a tejer mi vida. Ver y como siempre recordarte, y al hacerlo volverte a vislumbrar, con la preocupación en tu rostro mientras tus labios me hablaban de tus temores por mi regalo a la tejedora de este collar tan parecido al

Brísingi de la diosa, hoy bruja, Frøya. Y me preguntaste el porqué de mi negativa a transformar, como tantos otros lo habían hecho antaño, el Mjöllnir, el martillo de Tor que colgaba en mi pecho, en una cruz cristiana. Te conté que esas joyas, símbolos de un esplendor heroico, las había heredado de mis mayores y que no iba a transformarlos en símbolos de aquella paz maldita que nos desangraba sin el honor de la muerte en combate, desde hacía ya ciento cincuenta años. Tú me respondiste que tus creencias se fundamentaban en las mismas raíces que las mías, pero que, como yo ya entonces, vivías en el mundo confuso de la mezcla de los símbolos, de la impura liturgia de los antiguos Ases y Vanes, y del nuevo y único dios. De los valores ya perdidos en las oscuras charcas de los bosques y de la luz de los nuevos templos de los sacerdotes. Fue como encontrarse con mi imagen reflejada en los remansos de un río, mientras las nubes en el cielo y en el agua se cerraban en los límites de los párpados de mis ojos. Y fue entonces cuando comprendí la enorme desgracia de nuestro pueblo y su angustiada decadencia. Porque de nada había servido renunciar a nuestro pasado, porque ellos perseguían confundirnos en nuestro olvido, en el olvido de lo que nos hacía ser, en aquellos días, dos jóvenes guerreros piernas de abedul en busca de una fama que ya nunca nos haría eternos porque nos negaban el buscar la muerte con la muerte en nuestro deseo del combate. Ya nunca más veríamos aparecer a nuestro lado a los guerreros borrachos Berserkr con sus pestilentes pieles de oso, ni vendrían en nuestra ayuda los guerreros muertos Einherjar recluidos para siempre en el Valhall de su señor Odín junto a sus rubias Walkyrias ahora convertidas en esos hermosos, extraños y ambiguos ángeles de los nuevos señores de los templos. El mundo de los héroes se estaba replegando hacia sí mismo, se estaba cerrando día a día para dar paso al nuevo mundo venido de Roma. Y de allí, de aquella lejana ciudad del sur llegó un día en forma de *Scripta*, como nos leyó meses después nuestro señor Sverre, el terrible castigo. Que nadie obedeciera al rey ni a sus jarls, que nadie le alimentara ni diera cobijo y que fuera enviado al destierro. Y lo que casi era peor para

aquellos que creían en ello, que no se le permitiera la entrada en ninguna iglesia para recibir consuelo, porque el rey, nuestro señor Sverre, había sido excomulgado por no querer doblegarse a la voluntad del Papa Inocencio III y sus obispos. Aquello parecía el fin del recién creado mundo y el inicio de un nuevo periodo de luchas fratricidas. La esperanza de la eterna gloria del combate y a la vez el inicio del círculo de la muerte sin fin. No supimos ver lo equivocados que estábamos ni aún cuando ambos vivimos tres largos años de nuestra vida desterrados y acogidos, como un privilegio otorgado por los nuevos dueños del mundo, en el recién construido monasterio de Santa María, en Hovedøya. Aquellos monjes blancos organizadores de la naturaleza según sus intereses nos mostraron la locura de una religión fatalmente unida a los poderes seculares y ansiosa por dominarlos. Y junto a su locura nos enseñaron caminos ya labrados por otros y en los que iban poco a poco borrando las viejas huellas de nuestros padres. La suerte estaba echada y a cada instante de nuestra vida se negaba nuestro pasado. El viejo mundo se iba poco a poco despegando de nuestras palabras, costumbres, recuerdos y sueños mientras el nuevo se fortalecía de nuestras dudas y temores. Pero ahora, mientras observo los juegos infantiles de mi pequeño Ari, siento, como hace años, el vigor juvenil y las sensaciones -ya olvidadas- del joven guerrero preparando su cuerpo y su alma para el combate. Y me veo comulgando con aquel pasado áureo embriagado de hidromiel, cerveza y palabras que nos hacían sentir, de nuevo, reyes del Migård, aunque ya no se llamara así y a pesar de que nos sintiéramos condenados al castigo eterno en el cálido infierno de aquellos extraños fanáticos.

El rey, nuestro señor, defendió una causa justa utilizando los mismos métodos y el lenguaje de ellos. Hasta su misma extraña lengua latina. El rey, nuestro señor, ya no era uno de aquellos, nuestros ancestros, que cabalgaron sobre el mar, que gozaron de las tempestades de las espadas o que fueron pasto de los cuervos. Él era ya de los suyos y tan sólo defendía un pequeño jirón del viejo mundo de las palabras y los símbolos: que los sacerdotes no pudieran tener ningún

poder de elección sobre los reyes. Nosotros, tú y yo, estábamos de acuerdo con él en ello, pero íbamos más allá olvidando las enseñanzas de las iglesias, su luz de poniente y sus símbolos culpables. Deseábamos poder comprender aquellas historias contadas por nuestros mayores alrededor del fuego, volver a no temer al bosque, amar con la violencia de nuestras naturalezas jóvenes, agitarnos sin límite ante los cambios de las estaciones y sentir la muerte aceptando el destino inscrito en las espadas. Volver a sentir que la herencia de nuestros padres corría por nuestras venas sin temor a contravenir las órdenes de los extraños. La herencia recogida en las antiguas historias de antaño. Pero aquellas viejas sagas contadas día tras día al calor del fuego, eran, ya entonces, olvidadas. Y las escritas en libros aunque nos contaban casi la misma vieja historia lo hacían con burlas y críticas. Y, también entonces, aquellas inscripciones, escritas con las runas de nuestros ancestros, que coronaban las viejas tumbas de nuestros reyes, y aquellas que nos informaban de antiguos viajes a Russland, y esas otras que lo hacían en relación con nuestro destino o que eran restos de algún ritual religioso o funerario eran, y son, consideradas el producto demoníaco de la brujería y el paganismo; y nos causaban miedo, y nos causan miedo. Y hasta el fuego, antaño supremo benefactor, nos producía pavor. Y, aún hoy en día, quizás más que antes, nos produce pavor. Y aquellas mujeres, aquellas deliciosas madres, hermanas y amigas de nuestros antepasados, son ahora la reencarnación de todos los males. El origen del mal. El mal, extraña palabra que ellos administran...

AUTOPISTA

I

Todo me fue dictado por el inconmensurable abismo del ser y sus delirios. El tiempo muere y, mientras, asisto a esa eterna precipitación en la llegada de la noche y sus espantos. Oscuridad, desaliento y la mirada perdida. Pánico en la oscura carretera, pánico y necesidad, necesidad y desaliento; cansancio. El cansancio de tener ante mis ojos un largo viaje de tres mil quinientos kilómetros en el asfalto. La necesidad de sobrevivir al cansancio, de no naufragar en el agotamiento, de superar el desaliento nacido al recorrer -una vez más- esta pavorosa carretera. Pavor y pánico contenido ante el helado viento de una velocidad que me rebasa. Pánico, pero también deseo de abandono en las vertiginosas conductas de las autopistas. Velocidad, la velocidad; mi velocidad detenida en un miedo de hielo y ante mí una sola realidad: la desolada carretera. La desolación de un asfalto sin vida. Muerto. Sí, muerto. Conglomerado de basura negra y piedra, basurero telúrico. Asco. Asco y angustia al abandonar Noruega y sus hielos deslizándome hacia Suecia y sus barro. Y al llegar a Göteborg, nuestro rimbombante Gotemburgo, tener la certeza de que nunca tendré el tiempo suficiente para detenerme en esta ciudad de paso en mi camino. En mi autopista, autopista escandinava se sobreentiende o, lo que es lo mismo, autovía continental. Nunca podré tomar una cerveza en Gotemburgo o, si lo prefieres, o lo prefiero, Göteborg. Pero, ¿por qué no? ¿Quién me lo impide? ¿Por qué siempre esta retórica de las preguntas sin respuesta o mucho mejor, con respuesta ya sabida, ya contestada? Tú lo sabes, tú y nadie más que tú ha elaborado este ritmo en las sombras. Autopistas, negras rutas entre los bosques de Escandinavia y no tomarás ninguna cerveza en Gotemburgo o como quieras llamarle porque tú te lo niegas inventándote un tiempo estúpido que para algunos será electrizante. Aunque no para ti. Ya ves, pierdes el tiempo autoengañándote porque la verdad que arrojaste por tu puerta penetra de nuevo, y con muy malas intenciones, por tus ventanas. Göteborg. Sí, al cruzar la frontera sobre el fiordo, en Svinesund, pensaste que de esta vez no pasaba, que esta vez

parabas seguro en Gotemburgo, pero no, no te has detenido. Así puedes tener un nuevo tema para tu patética tristeza. Göteborg y después qué, otra ciudad, otro falso deseo, otro pretexto innombrable para tu descorazonamiento cerebral y culpable. Culpable sí, eres culpable de tu propia culpabilidad. Una culpabilidad que no te permite más que mirar hacia delante sin perder el tiempo, ya ves que te conozco bien, sin perder el tiempo mirando los bosques suecos y sus tremendamente aburridas planicies cultivadas. No lo puedes remediar y además la lenta conducción de los suecos en sus volvos, sólo alterada por la locura de algún conductor noruego, te permite atisbar el monótono horizonte sueco. Ahora detienes el automóvil en una estación de servicio, pones gasolina, revisas el aceite y los frenos, limpias el parabrisas y golpeas con el pie el hielo acumulado en los huecos de la carrocería. Echas un vistazo a las ruedas de invierno cubiertas de escarcha, barro y mierda de asfalto. Te demoras mirando los clavos de los neumáticos y pienso en lo fastidioso que será tener que cambiar las ruedas en Puttgarden. Malditos alemanes. Tienes que ir al servicio y voy sin premura, pero con la satisfacción de rentabilizar la parada en la gasolinera. Tras tener que soportar el deprimente espectáculo, también en la desarrollada Escandinavia, de una interminable cola de mujeres esperando su turno mingitorio, te preguntas cuándo se enterarán los propietarios de bares, cafeterías, gasolineras, moteles y hoteles, universidades, academias e institutos, oficinas y centros de trabajo, que las mujeres precisan de un número de urinarios superior al de los «caballeros». Orinas, llenándome del placer que te provoca el vaciarte, y te lavas las manos con el agua ardiente del lavabo. Decides tomar un café y lo haces acompañándolo con un pequeño pastel de mazapán amargo recordando que bajas hacia la tierra de los mazapanes islámicos de tu cada día más literaria Valencia. Y sueñas, también, con su luz cenital tan diferente a esta luz del mediodía en Escandinavia con el sol siempre a la altura de los ojos. Compras un «Tab» para poder aguantar el largo camino, unos trescientos quilómetros más, hasta llegar a la ahora ya

unificada República Federal de Alemania. Bonito nombre después de una larga historia de pesadillas. Arrancas, no sin antes poner en el magnetófono la cinta de Björn Afzelius y su amigo Wiehe y canturreando *mitt hjärtas fågel* o como decimos nosotros *el pájaro de mi corazón*, arremetes otra vez contra tu deseo, tu propio deseo de hacer de éste un viaje diferente. Diferente, ¿distinto a qué?, sé que no voy a pasar por Malmö, ni falta que te hace, y que sólo tengo que llegar hasta Helsinborg. Helsinborg, otra frontera, otra aduana y esta vez un ferry con un ferrocarril en su interior e introducirme en Europa o si quieres en el Continente. Pasar de las bonitas «a» suecas al sonido gutural del danés. Ya está, otro viaje sin conocer Gotemburgo y embarcándote en el transbordador hacia Dinamarca. Bebo un poco de «Tab» y comes un bocadillo de atún, como en el colegio. El colegio, menuda canallada. Un sitio en donde hacer de la culpabilidad una forma de vida. Es decir, hacer natural un algo revelado. Pero no acababa ahí el simulacro natural... Tú, como yo, sabes que aquellos fueron tiempos culpables, que todos éramos culpables, que la culpabilidad eran nuestra razón de ser, que nada tenía sentido sin invocar los atormentados delirios de la Culpa. Ya no era ese Trento que tan bien conoces, ni tan siquiera un subproducto de su espíritu barroco. Era un miedo atrozante, un constante viaje a lomos del tren de la muerte por los paisajes del purgatorio católico. Era el miedo perfectamente elaborado desde la oscura dictadura. Fascismo y catolicismo unidos en un perfecto matrimonio de muerte, rencor y pesadilla. Era sólo miedo y culpabilidad, miedo culpable o culpable miedo. Yo sé que no es lo mismo, tú sabes lo que quiero decir aunque te resulte deprimente el sólo leerlo, el escucharlo en esta apariencia mística que es el pensamiento. Desde este silencioso rumor de las palabras pensadas mientras conduzco este viejo volvo 121, el modelo preferido de Ingmar Bergman en sus brumosas películas de los setenta, la ranchera del padre de Tove Hafslin que he de bajar a Alfaz del Pi para no tener que tomar un avión no deseado. Para no tener que soportar las impertinencias de los niños que siempre se

sientan en el asiento de atrás y sus patadas. Este mítico trozo de acero, porquería y arte, con el que huyo de la fastidiosa y plastificada comida servida en una minúscula bandeja que limita al frente con el respaldo del estúpido pasajero de delante que parece no saber que mis piernas están justo donde terminan sus riñones, a la izquierda con el pasillo y sus inquietas y basculantes azafatas, a la derecha con otro contorsionista que intenta, con relativo éxito, arrebatarlos el reposabrazos común, y detrás con nuestra incapacidad para deglutir sin caos tan vistosa porquería. Ya ves, un viejo y formidable automóvil en el que correr el tiempo encapsulado, el miserable tiempo cronometrado. No está nada mal esta huida de los aeródromos, aunque tenga que desmontar las ruedas de invierno en las proximidades de Alemania y quizás soportar las impertinencias de algún guardia fronterizo. Aunque la línea intermitentemente pintada en el asfalto te hipnotice haciéndome desenfocar la mirada para adentrarse en la negrura asfáltica de tus recuerdos, de tus pensamientos, de la mística de las voces que habitan en tu cerebro encerradas en su bóveda craneal. Hipnotizado por la autopista en un viaje a través del cristal que separa el exterior visitado de fugaces y rugientes colores y tus íntimas matemáticas. De ese cristal que construiste para poder sobrevivir a tanta muerte doctrinaria, a tanta mediocridad seducida por la negación de un mundo definido como un valle de lágrimas. Desde ese cristal edificado a base de las lecturas, muchas veces no sólo contradictorias sino más bien opuestas, de Trotski, Rimbaud, Nietzsche, Marx, Radiguet y su *Diablo en el cuerpo* y Leopardi, y Ungaretti, y Costafreda, y toda la generación Beat, y Elliot, y Lenin y los metafísicos ingleses. Desde este cristal forjado por aquellas viejas lecturas de *El Lobo estepario* y *Demian* y de aquellas no tan viejas de Gramsci y de estas de Jünger, Bowles, Bernhard o Gustafsson. Tu cristal, la celosía que construí leyendo del libro de la vida, de una vida gozada y sufrida al galope y que ahora se te desvela como una larga lista de amigos y amigas sacrificados por el cortante filo de aquellos gastados e importados paraísos artificiales. Aquel primer e iniciático viaje a

París, las excursiones hippies a Ibiza o las fugas helvéticas hacia una vida que nunca dejó de estafarte sin engañarte nunca. Y ahora, de nuevo en la carretera maldiciendo las industrias papeleras del sur de Suecia que ensucian el aire con su pestilencia, mientras recuerdo mis primeros versos, mi primera amistad, mis primeros conciliábulos en el bar «Levante» leyendo a Neruda, Juan Ramón y Schopenhauer, Luxemburgo y los anarco-comunistas holandeses, mi primer rotundo enamoramiento compartido con mis amigos, y los recitales en casas regionales donde querían «pelarnos» y hasta fusilarnos por nuestra poesía dadá. Y ahora, que estoy en medio de las pestilencias que navegan entre Halmstad y Helsingborg, recuerdas y recuerdo aquella habitación, aquel dormitorio, aquel refugio donde nos escondíamos para proyectar nuestras aventuras literarias y cinematográficas fascinados por la historia de la mujer suicida del vecindario y por el muy bohemio patio de luces de nuestro poeta de enanos y matemáticas, de nuestro genial recolector de ojos en las sucias playas valencianas. Aquel dormitorio, gabinete de nuestro amigo y estudio de su hermano, -por aquellos tiempos formidable dibujante de moscas e insectos-, colindante con una sala habitada por seres siempre dispuestos a escucharnos y a tranquilizarnos con sus voces sosegadas. Sí, ahora, envuelto en mierda química, recuerdo, recuerdas, a los amigos, a la poesía tomada como modelo de vida, a la política gozada como apasionante juego y el maravilloso espectáculo de ver arder tanta sucursal bancaria, tras las lecciones prácticas de química casera del profesor Molotov, de ver arder tanta bandera norteamericana, tantos símbolos criminales, y el delicioso momento de la pintada nocturna contra el poder de aquel dictador de voz aflautada, y contra sus santas mafias, y contra el terror asesino. Y aquellos primeros poemas, remedos de los de Tzara, recitados en los lugares emblemáticos de la mediocridad de aquellos grises años de la dictadura mientras soñabas, soñaba, estar en Zurich jugando al ajedrez en sus calles con aquel ya criticado, pero admirado Lenin. Y aquel primer dolor de tu primera gran contradicción, desilusión y naufragio tras el esfuerzo helvético en el

que piensas y pienso ahora mientras me aproximo a Helsingborg. Y aquella perfecta habitación blanca, inmaculada, donde nos conocimos tantos jóvenes avejentados por una situación envenenadora y asfixiante. Por una situación creada sobre el cementerio de varias generaciones, por la maldita herencia de nuestros mayores inmediatos y de nuestros mayores lejanos. Porque fue verdad aquella frase de Carlos Marx, porque fue verdad que «la tradición de todas las generaciones muertas oprimen como una pesadilla el cerebro de los vivos» y lo peor fue que en nuestro caso junto a las generaciones muertas se encontraban las vivas. Dios mío qué cansancio.

Qué enorme cansancio rodar por esta embarrada carretera, qué dolor de riñones y qué ganas de llegar al ferry para poder estirar las piernas, tomar café y gozar de la intimidad cómplice de sus marinos urinarios. Qué cansancio me supone pensar que me arrastro con toda mi gastada humanidad en un bergmaniano vehículo hacia Helsingør y su castillo danés de Kronborg, en donde el príncipe Hamlet se perdía en metafísicas certezas.

Y aquí estamos tú y yo, de madrugada, esperando la llegada del barco mientras vemos en el horizonte las luces del continente. El continente, ironía danesa, ya que Helsingør se encuentra en una isla -Sjælland-, que viene a ratificar el aislamiento del acechante león escandinavo. Y ahora, pensando en islas, puertos y estrechos aprendidos en aquellas arduas y absurdas sesiones escolares en las que aprendiste todos los ríos importantes del planeta con sus afluentes, todas las penínsulas de la Tierra y los estrechos marinos, como éstos que ahora tengo tan cerca de mí: Kattegat, Skagerak, Sund y los dos Bælt; embarcas en el ferry. Y caminas con dolor de viejo, una vez has aparcado el automóvil, hacia los bamboleantes servicios, y tras lavarte las manos te humedeces la cara con agua tibia y te observas de soslayo un rostro que ya no rejuvenece cuando le afeitas la barba, pero en el que aún las canas son sólo una anécdota divertida.

Tras pagar al camarero portugués, observas sin deleite el pequeño biscote de pan negro sueco eficazmente envuelto en papel plastificado, y la

minúscula porción de mantequilla noruega y la terrina de mermelada de fresa protegida por un ridículo envase de aluminio contaminante. Y, tras sentirte un astronauta varado en este planeta descompuesto, tomas el horroroso café aguado que me he servido de la jarra y sientes perentorios retortijones. Y es que nunca me acostumbraré a un café con tan enormes cualidades laxantes. Descansas durante los veinticinco minutos que dura la travesía y bajas al auto no sin antes volver a visitar los servicios con la intención de aligerar lastre.

Lo has hecho y estás satisfecho contigo mismo y con tu pesado cuerpo. Desembarco, y la aduanera me sonrío deshaciendo mis temores ante un registro inútil. Conduzco por las planicies danesas y empiezas a pensar que la cerveza que no te tomaste en Gotemburgo la podríamos beber, mientras almuerzas, en los preciosos muelles de Nyhavn, en el København de los escandinavos o en el Copenhague de los hispanos.

BOSQUE

II

Fue una noche de luna llena, una noche de sombras, de reflejos pálidos en el suelo nevado. De

siluetas extrañas, de pánicos nevados y silencio vivo. Fue una noche de nieves detenidas, de barbas de troll y aire de hielo. Fue una noche de pactos y promesas, de viajes y aventuras, de silencios sobre el silencio vivo. ¿Recuerdas? Salimos de las cabañas mientras los nuestros dormían. Casco de guerra, martas cibelinas, botas de piel de oso, esquís de abedul, armas de combate. Acudíamos a la cita renunciando al dulce dormir del invierno, al calor del fuego, a los humos de mil sagas contadas con una jarra de hidromiel entre las manos. Acudíamos a una cita. Perseguíamos un sueño, una predicción de la sibila. Viajábamos. ¿Recuerdas? Nos deslizábamos sobre la nieve como los vientos de Jotunheimen, nos caíamos con la pesadez de los alces en invierno, con la alegría del oso en sus baños fluviales del verano, nos ayudábamos con la fe de hermanos elegidos. Éramos jóvenes, sí, muy jóvenes y sabíamos, y creíamos saber nuestro destino.

Fue una noche de luna llena y cielos estrellados. Las rutas blancas nos señalaban el camino del oeste, viajábamos al país de los fiordos confiando encontrar a los camaradas del rey. Nos citamos bajo el viejo arce del camino real, bajo el viejo arce reverdecido de muérdago, blanqueado de estrellas y susurros de troll. Nos citamos bajo el arce los cinco compañeros, los del bygd de la curva del río, la compañía de Snertingdal. Y fue en una noche de luna llena.

El camino real nos condujo directo hacia los llanos del fiordo del oso negro, allí donde confluían las rutas del sur y las de Brandbu, Nes y Hedalen. Todos estábamos contentos, felices sin saber lo que nos esperaba mañana. Nos sentíamos renovados siguiendo las viejas leyes, la ley de la victoria, nuestras viejas tradiciones. Creíamos ver a nuestro lado a los Ases, a los Vanes, a los antiguos héroes. Sentíamos la proximidad de las Valkyrias y la verdad de las viejas predicciones de la Sibila de Ringebu. Fue como sentirnos de acuerdo con un orden, como reencontramos con los tiempos naturales, con el latido de los bosques y los ríos. Gozábamos forzando nuestros cuerpos, leyendo las huellas de los animales, observando el fulgor intermitente de las estrellas fugaces, escuchando los sonidos de la noche. Y

estábamos seguros, nos sentíamos seguros en ese mundo de signos.

El negro arce del camino real dormía su centenario invierno, pero en su copa las hojas de muérdago reverdecían desafiando el ritmo de los tiempos. El arce dominaba un claro en el bosque de abetos y abedules, allí nos reuníamos los clanes de Snertingdal en las fiestas de la primavera y en las del Jul. Allí acudíamos para resolver nuestros litigios antes de apelar al ting. Allí y no en esos templos cristianos que iban poblando los valles. Allí y no en esas iglesias de madera, barcos invertidos en los que, ahora, se congregan los clanes, los pueblos de los valles y los fiordos. Allí, en este hermoso claro del bosque que ahora nos aterra, bajo aquel formidable arce convertido años después en horrible cadalso, y no encerrados en esas oscuras y altas construcciones de los sacerdotes.

El sagrado árbol es la llave de los caminos hacia los fiordos. De allí parten los senderos hacia el lago de Bygdin y el fiordo de Årdal por un lado y por el otro hacia las sierras de Jotunheimen y Rondane. Y allí, en la encrucijada de los caminos de nuestro destino, nos reunimos los piernas de abedul de Snertingdal en un mundo que, sin nosotros saberlo, estaba condenado y se sumergía en las nieblas de nuestros sueños. Nada de eso sabíamos en aquellos días de elfos y enanos. De mujeres hermosas y trolls. De pasiones sin fin, de sueños y viajes de hongos y raíces. De alegrías y negras noches infernales. Vivíamos sin saberlo en las fronteras entre los mundos del pasado y del futuro. De los sueños y de las nuevas normas de los sacerdotes. Allí, en el negro árbol, nos reunimos los jóvenes del valle para acudir a la llamada del rey Sverre. Para acudir a la cita con la guerra y el honor, con nuestro destino de guerreros. Para derrotar al partido de los ya irremediablemente señores de nuestros pensamientos.

Cuando llegamos a los llanos del fiordo del oso negro encontramos a gentes de todo el país, del este y del oeste. Gentes que nos contaron nuevas de la lucha. Viejos poetas que nos narraron historias ancestrales. Parientes que vivían en perdidos bosques. Hombres de los concejos de los valles y montañas de más allá de Rondane. Magos que leían las piedras rúnicas y que

nos vaticinaban una victoria segura. Y mujeres de Thule, dulces mujeres del lejano Thule. Y junto a ellas suspiros de elfos. Y junto a herreros y magos, risas de enanos. Y junto a todos nosotros llantos de la sibila.

Días después encendimos hogueras, y bailamos en círculos ebrios de hidromiel y cerveza. Bailamos todos juntos, unidos, como en los tiempos antiguos, en fuertes anillos de fuerza. En invencibles anillos de poder.

Después ocurrió lo inesperado por desconocer nosotros lo que realmente estaba sucediendo. El rey derrotó al partido de «los del báculo» y lo hizo con nuestra ayuda, pero haciéndonos diferentes a como fuimos aquella noche de luna llena y silencioso esquiar hacia el alto alce, a como fuimos la noche de los llanos, la noche de los anillos de nuestra vieja cultura. El rey derrotó a los sacerdotes, pero dejó de ser uno de los nuestros y aceptó el lenguaje extraño del sur, sus difíciles palabras, sus discursos repletos de doble sentido y falsedad. Derrotamos a los que nos vencieron. Perdimos nuestras creencias, el lenguaje de los bosques y las fuentes, la pasión por la lucha de las compañías y el dulce amor de las amigas, de las muchachas de los valles.

¿Recuerdas? Fue una noche de luna llena, una noche de sombras, de reflejos pálidos en el suelo nevado. De siluetas extrañas, de pánicos blancos y silencio vivo. Fue una noche de nieves detenidas, de barbas de troll y aire de hielo. Fue una noche de pactos y promesas, de viajes y aventuras, de silencios sobre el silencio vivo. Sí, fue una noche en los límites, y tras ella todo cambió. Envejecimos, nos sentimos engañados y quisimos mantener a toda costa los antiguos signos de nuestras, ya desdibujadas, creencias. Pero fue imposible, pero es imposible. Y los signos enmudecieron para hablarnos en sueños. Y ya nada fue igual, y temimos. Y el negro arce fue convertido en lugar de ajusticiamiento. Y se prohibieron los fuegos. Y una culpa extraña nos invadió. Y temimos la noche. Y nos invadió el mal, y los elfos y los enanos se refugiaron en nuestros sueños.

Meses después quisimos retornar a nuestros hogares, no nos fue posible hacerlo. Nuestros

compañeros, los que sobrevivieron a los combates, habían vuelto a sus casas cuando se deshizo el ejército. Nosotros permanecemos algunos meses más en Nidaros formando parte de la guardia real. Durante aquellos meses pudimos ver cómo se derrumbaban los antiguos signos. Fue entonces, en pleno verano, cuando el rey nos comunicó que teníamos que viajar hacia el norte, hacia las islas del malstrøm, esas que a veces llamamos Lofoten. Sverre quería que visitáramos a un hombre sabio, a un solitario eremita. Nadie en la corte lo conocía. Nadie sabía qué saber profesaba ni donde vivía. Nadie sabía nada de él, pero todos los conocían por «El Durmiente». Nos alegramos. Nos alegró el poder partir, el volver a viajar juntos, el retornar a los caminos y sus aventuras.

Recorrimos la larga distancia en nuestros caballos de los fiordos, hermosas monturas bayas de paso lento, pero necesario dada la orografía de la costa del país. Fue mucho lo que vimos, antiguos asentamientos de nuestros parientes vikingos, restos de barcos incendiados, tumbas reales, rocas con antiguas runas, rocas con pinturas de barcos y hombres, e iglesias. Por todas partes iglesias con dragones. Iglesias que profanaban los antiguos cementerios. Iglesias pequeñas, aunque más altas que nuestras cabañas, iglesias orientadas hacia el este con su ventana poniente donde el tejado se une. Iglesias de las que no entendíamos su altura y en las que ocurrían extraños sucesos, sacrificios. Iglesias con dragones en los portales que parecían guardar el secreto de los templos o simbolizar todo lo horrible que habitaba fuera de ellos. En su interior los sacerdotes dominaban, nos dominaban, nos anulaban con la poca luz de la nave concentrada bajo el crucificado, en el altar del sacrificio. Nada entendíamos de su extraña lengua, pero nos fascinaban sus movimientos, sus gestos y los bajorrelieves de los capiteles. Su forma sinuosa nos fascinaba, las sombras que producían las antorchas en constante movimiento daban vida a aquellos extraños animales y perdíamos la vida, se nos escapaba la vida en un largo ritual extraño, temíamos todo ese mundo extraño y a la vez nos fascinaba ese universo de formas venido del sur y del oeste, de las lejanas islas.

Aquel viaje nos hizo ser conscientes de lo muy desarrollada que estaba la nueva creencia, del fin de los agonizantes dioses. Y llegamos a Lofoten. Y buscamos, sobrecogidos por las dramáticas cumbres de las islas, al «Durmiente». Y nadie nos quiso decir en qué isla vivía. Visitamos el islote de los frailecillos, dulces pájaros pescadores. Y Værøy, y Mosken, y decenas de islotes en el mar de Røst. Y desembarcamos en las islas grandes, y por fin en la isla de Moskenes, allí donde anida el svartbak, nos dijeron que un hombre sabio vivía en las orillas del fiordo principal. Hablamos con un pescador para que nos aproximara a la cabaña. Gaviotas de negras alas nos acompañaron durante el viaje. Negros presagios de lo que ocurriría más tarde.

La cabaña del «Durmiente» no era de madera como las de nuestro país del este sino de piedra y estaba rodeada por un muro bajo. En su lado sur, y protegidas por círculos de piedras, crecían decenas de diferentes tipos de flores y plantas. En el lado este, y como formando una mesa de gigantes, había una piedra circular apoyada en tres pilares. Y en la piedra extraños círculos, extrañas curvas, desconocidos signos y runas, las antiguas letras de los padres de nuestros abuelos. En su lado norte sólo rocas y musgo, como si se deseara representar el frío infierno y, abiertas al oeste, una puerta baja y la única ventana, una ventana parecida a las de los templos de la nueva religión, con el lado superior en forma de arco.

Nos recibió el eremita en su interior. Era un hombre alto, macizo, de pelo blanco; sin barba. Vestía una túnica de lana blanca ceñida por un estrecho cinturón de cuero negro. En el lado izquierdo de la correa pendía un saquito y un cuchillo de acero y oro. Sus pies iban enfundados en botas de piel negra. Nada en él denotaba sorpresa por nuestra visita. Su mirada parda reflejaba un enorme cansancio. El cansancio, la derrota, del que sabe. Le dimos los pliegos del rey. Nos ofreció una sopa de pescado y algo de cerveza. Nos sentamos a la mesa y leyó en silencio las cartas reales. Una vez leídos los pliegos alzó la mirada y murmuró exactamente estas palabras: «Nada que hacer. Blancas naves abandonan el mundo. Obedezco y parto».

Aquella noche dormimos en la cabaña del «Durmiente». Al día siguiente no vendría el pescador a recogernos y aprovechó el eremita para mostrarnos su jardín. Sus plantas y flores, sus raros nombres latinos, celtas y del antiguo idioma de las runas. Nos contó algunas de sus propiedades y su forma de cultivo. Por fin extrajo de la bolsa que pendía de su cinturón unas hojas secas y nos las entregó. «Con ellas», nos dijo, «podréis superar las dificultades, huir de las negras mazmorras y sobrevivir al gran dolor». Nos enseñó también sus cristales de hielo, sus rosas del desierto de Mauritania, sus extraños dibujos y una piedra solar. Esa noche mientras nosotros dormíamos escribió su respuesta al rey.

A la mañana siguiente nos despedimos de él y nos embarcamos con el pescador. El mar estaba en calma y en el horizonte sólo se veía el oscuro volar de una gaviota de negras alas. Esa fue la primera y última vez que vivos al «Durmiente», el último heredero de la raza de los magos.

AUTOPISTA

II

Ya ves que no es tan difícil beberse una cerveza en Nyhavn tras haberte remojado con matutinas abluciones en aquel camping absolutamente vacío en el que nos han permitido dormir, tú, que yo no puedo, unas horas de la madrugada danesa. Ya ves, idiota, que se pueden hacer siempre esas pequeñas cosas que nos hacen imaginar la libertad. Una libertad que nos machaca la vida con su despliegue publicitario de grandes almacenes, desempleo y locura. Y piensas ahora, mientras me dirijo al volvo, que siempre juegas en gambito contigo mismo, conmigo, y que quizá ahora centenares de moscovitas esperen a que transcurra una hora y media para poder comer una de

esas cochinas plastas con cebolla y pepinillos en el nuevo MacDonalds soviético. Pero, ¿qué ha pasado? Parece que todo el mundo se ha vuelto idiota. Y es que ¿sabes? estamos de liquidaciones ideológicas permanentes y en ellas no entran ni discusiones, ni reclamaciones, ni alternativas meditadas. Sólo el poder del anuncio y la presentación de los embalajes. Pobres ciudadanos del este europeo que han visto sus justas protestas contra la tiranía de los aparatos convertidas en anécdotas de los grandes almacenes. Y es que es verdad, piensas mientras te relames la espuma que la «Tuborg» dejó en tu bigote, los europeos están enloquecidos con su incipiente pacificación y su ficticia prosperidad a costa del resto del mundo. Quiero decir del Tercer Mundo y del ya incalificable continente africano. Y parece que esa enfermiza locura es muy contagiosa, no sólo en países como el tuyo, sino también en los que formaban aquel glacis soviético. Ya ves que no hay nada que hacer, el mundo se idiotiza con esloganes que han demostrado ya su falsedad y lo hace, quizás, porque es más fácil repetir incongruencias que inaugurar nuevas ideas o que buscar las raíces de las hierbas que nos envenenan.

Poco antes de salir de Noruega, en los bosques que rodean Oslo, vimos, adentrarse una paloma torcaz en ellos. Era como el solitario eremita que se agota en el caos natural. Otro día vi un consejo de cuervos en el arce del valle de Snerting anunciando malos presagios mitológicos. Una semana después un zorro salió del bosque hacia el campo abierto y consagrado por la luz solar. Imágenes de otra época agotada, aniquilada por la razón y reducida a las oscuridades de la mente. De ti pelmaza compañera de interminables soliloquios y de intermitentes sueños inconclusos. Y es que no puedo dejar de pensar que cabe la posibilidad, y tú también lo sabes, que la próxima siniestra generación de humanos, tras el gran fracaso de estos últimos años, decida enterrar, prohibir la historia y su fraternal y ficticio progreso. Porque cabe la posibilidad de que volvamos a un remedo de Edad de Oro en las basuras de nuestros días y se vuelva a vivir en una necesaria circularidad natural preservadora de la vida a la altura de una biosfera enferma. Entonces, quizá, el hombre sin

dioses y rodeado de mierda química y atómica, pueda recuperar su espíritu, su humanidad. Porque desde luego lo que estamos viviendo no puede durar ya mucho más. Lo que ahora triunfa no es más que una pesadilla a largo plazo. Un sistema que ha creado la figura retórica del Tercer Mundo para no tener que hablar directamente de miserias, pobreza y fracasos. Porque sólo es capaz de engordar ampliando las zonas de hambruna y desastre introduciéndolas en sus propios países-fortalezas. Fomentando la alienación, la paranoia y las fronteras de la esquizofrenia en un mundo destruido por la avaricia de unos pocos bárbaros y la imbecilidad de todo el resto. Ya ves que hacemos una buena pareja, ya ves que tú eres mi espejo como yo soy el tuyo, que viajamos en un mismo laberinto, que cumplimos sus mismas leyes. Las leyes que nos aniquilarán en forma de ridícula cuadrícula del crucigrama de la vida en minúsculas abandonando a la otra, la de las mayúsculas.

Pero no deseas seguir con este juego porque acude a nosotros el ya tradicional y tan europeo escalofrío de pensar que tendrás que volver a cruzar la frontera con Alemania, ahora ya una, grande y libre. Y recuerdas cuando lo hiciste por primera vez no siendo muy popular para la policía de aquella otra una, grande y libre que amargó tu juventud y casi toda tu vida. Y recuerdas aquel miedo de que tu nombre apareciera en las pantallas del Gran Hermano, en la frontera, y sientes el temor pasado junto con los que ahora se reproducen en forma de versos de Brecht y sus serpientes y sus huevos de serpientes y siempre los mismos asquerosos reptiles de la barbarie. Y mientras ellas raspan las cáscaras de sus prisiones temporales, el resto de los países de este minúsculo, arrogante, etnocéntrico y envejecido continente se disponen como siempre, como casi siempre, a gozar de la prosperidad tedesca, haciendo de ella una nueva diosa que arroje de nuestras calles, metros, fábricas y demás lugares infernales a todo turco, paqui, moro o sudaca que se encuentre ante su apisonadora próspera y libertaria. Sí, libertaria, pero de derechas. Antes por lo menos, -antes siempre antes-, se hizo esa labor con proclamas y discursos morales y políticos como los de Heidegger o

Karl Schmith; lo absolutamente deprimente es ver que ahora el estado lo controla todo con la ficción de unas, cada día más alejadas de la democracia, elecciones, la opción de ver basura televisiva en aparatos cada día más sofisticados e inútiles y agotar la soledad en compras sin fin. Nada que hacer, piensas, y casi te doy la razón, lo mejor será que te acabes esa tuborg y que crucemos los dedos para que no nos detenga, por exceso de alcohol en la sangre, la policía danesa o la próxima y eficaz alemana. Y meditas sobre todo esto mientras te introduces, llevándome a rastras, en tu particular -por unos días- máquina polucionadora y esperas a que yo acuda en tu amparo en forma de recuerdo, rabia o maldición. Y ya estoy contigo pensando que vamos a recorrer de nuevo los caminos asfaltados de la vieja Europa mientras, quizá, alguien escucha en estos mismos momentos el creciente murmullo de los abedules, robles, arces y abetos anunciando la llegada del viento del norte en las claras mañanas de Nybak. Pero no hay tiempo para seguir soñando como un viejo nabateo en el desierto, hay que encontrar un sitio para vaciarse -constante presencia de nuestro, aunque sea más tuyo que mío, cuerpo- y encuentras una taberna de las muchas que mandó construir aquel comodón rey danés en su bonito país. Detienes el mito existencial, te apeas de él, entras, pides un café -temiendo sus futuras consecuencias- y buscas con la mirada los servicios. Repites, como un rito, ese volver a la naturaleza que tanto te place, y después te recoges en mí, en tus más íntimos pensamientos bebiendo, o mejor, humedeciéndote los labios con el café aguado. Salimos, subimos al coche, arrancamos, y desligándome de ti comprendo de nuevo que sientes los escalofríos del que sabe lo que le espera a pocos kilómetros de aquí. Pero también te abres en una amplia sonrisa al pensar en que vas a tomar el ferry de Rødby a Puttgarden. Tu ferry favorito con sus magníficos sandwiches de salmón con huevos revueltos y de rosbif. Porque tú eres tan cuerpo como yo, evanescente sueño.

Y ya ves que nada es eterno, que todo llega con la puntualidad de los patos en abril, de los dientes de león en mayo, de las lilas en junio. Ya estás en el

aparcamiento de Rødby, esperando a tu ferry preferido y cambiando las ruedas. No digo que no sea una molestia, pero una molestia que agradeces porque te desentumece los músculos y nos bloquea momentáneamente el soliloquio.

Cambias las cuatro ruedas. Buscas en la cafetería la jarra del café, pero no comes nada reservándote para gozar de las vitrinas del bar del barco. Y se repite el ciclo y reina la naturaleza, pésimo café laxante, imperio del cuerpo y limpios servicios repletos de papel, toallitas, jabón, y recuerdas... Sí, recuerdas que a partir de Mulhouse, en Francia, no encontrarás ni limpieza, ni papel en los retretes hasta que llegues hasta tu propia casa. Volvemos al automóvil. Arrancas no sin antes sentirte crujir la bisagra de tu espalda con un punzante dolor a la altura de los riñones. Y esa maldita rodilla derecha siempre hinchada cuando conduces y toda la tensión del universo concentrada en tu nuca. Pero arrancas, sacas el billete del ferry, te pones en cola -sólo cinco coches y dos decenas de enormes camiones, una motocicleta- y ya ves la fuente de tu próximo placer, el depósito navegante de centenares de litros de café horrible, el almacén delicioso de celestiales sandwiches de salmón, trucha y rosbif, la bodega de decenas de marcas de cerveza alemana y escandinava. El penúltimo placer gastronómico de tu viaje hasta que llegues a la última área de servicio de las autopistas alemanas.

Acude tu barco a la cita, me lleno de pesimismo alterado por tus deseos primarios, tienes hambre. Hambre de comida y de placer. Todo tú eres movimiento de glándulas, ensalivas y enloquezco. Sigues las instrucciones de los marineros-garajistas, aparcas e intentamos salir del coche, tropezamos, olvidas la bolsa con el pasaporte, el billete, el dinero, el dictáfono, la cámara fotográfica y tus malditas estilográficas; Has de volver. Empiezo a dominarte, comienzo a recriminar tu impaciencia. Que no se van a acabar, que el barco está casi vacío, que eres un miserable gusano, que eres sólo cuerpo, que... Te recompones, y ya recompuestos llegamos dignos y europeos a las mesas. Todo cerrado. Habías olvidado que la fiesta empieza cuando el barco está a

determinadas millas de la costa. Esos malditos impuestos. Te das una vuelta por el barco. Poca gente, camioneros en su mayoría, todos congregados en sus zonas reservadas. Poetizamos, piensas que toda esta cultura de los ferrys se va a terminar cuando construyan los puentes y los túneles que unirán al continente con Escandinavia. Te acercas a las tiendas libres de impuestos aún cerradas. Algunos viajeros se arremolinan en sus puertas. Tú piensas, inteligente, que mientras esas mercancías no tienen límite los canapés se agotan y hay que esperar a que hagan más mientras el barco avanza inexorable hacia las costas tudescas. Y sólo le cuesta una hora, una hora para tanto placer concentrado entre los mamparos de este transbordador. Revisas los servicios, los más próximos, equidistantes, de las tiendas y del bar. Nos agota tanta organización. ¡Miserable! Los servicios estaban en orden aunque con esa atmósfera insana de aceite y grasa que predomina en los buques. Por fin una voz extraña -megafónica- nos informa, te informa, que ya puedes iniciar la bacanal.

Eres el tercero de la cola, recoges la bandeja, los cubiertos, las servilletas y observas divertido como los otros dos -los de atrás nunca cuentan- olvidan coger vasos. Tú, claro, lo haces, y te abandonas en un ligero temblor, la boca repleta de abundante baba, ahí están los de salmón, dos, y ahí los de rosbif, dos también, y uno delicioso de arenque con huevo, y una cerveza danesa, y otra alemana -de marca desconocida, mal asunto- y la tercera holandesa, ¿un aguardiente? Pero no, no estamos tan locos. Hay que conducir aún dos mil quinientos kilómetros. Vamos, me arrastras a tu mesa pensando en el mazapán que seleccionarás para tomar con el agua sucia y negruzca.

Comes meticulosamente, científicamente, salmón, rosbif, arenque con huevo, rosbif y salmón. Bebes como un catador y descubres la superioridad de la rubia escandinava. En plenas nubes cerveceras decides que antes del postre visitaremos la tienda libre de impuestos para comprar algo de tabaco y esos chocolates que gustan tanto a tu familia. Compras unos puros cubanos y algo de rubio americano, también los chocolates y las botellas de aquavitt para tus hermanos.

Volvemos a la mesa, dejamos los tesoros, pero no en el bolso de tus identidades. Vamos al mostrador, coges el mazapán, te sirves el café, retornamos a la mesa, te enciendes un cigarro puro gigantesco, un Montecristo, un pecado, bebes un poco de "eso" y nos recogemos en un silencio de peceras. Juguetear, cínico, con el mazapán entre los dientes, lo haces viajar por entre la lengua y las muelas, con cierto temor a la próxima visita a tu hábil dentista. Acabas el café, y aún te quedan diez minutos para que nos podamos reconstituir en soliloquio.

Dejas el puro a mitad y nos levantamos de la mesa, cogemos la bolsa de los regalos y el bolso de la otredad y empiezas a sentir el hormigueo en las piernas, los algodones en el cerebro, la languidez del felizmente embriagado.

Visitamos, de nuevo, los servicios e intentas una rápida recomposición, un retorno al antiguo orden, pero sabes que será un largo proceso. Un camino de cambios físicos, languidez y dolor hasta que en la frontera con Hessen te vuelvas a sentir recompuesto.

BOSQUE

III

Durante el viaje de vuelta encontramos multiplicados los signos que anunciaban la fortaleza de la nueva religión y el fin del mundo de nuestros antepasados. «Naves blancas abandonan los puertos» dijo el eremita. Y quizás con ellas partirían nuestros recuerdos, nuestros cada vez más oníricos recuerdos. Regresando a Nidaros vimos como algunas de nuestras leyendas servían ahora para explicar la religión de los sacerdotes. Sigurd nuestro héroe se comportaba de forma extraña, los herreros, de la raza de los enanos, eran seres malignos ahora y dragones y serpientes ya no simbolizaban saber, vida y muerte sino que eran meros signos del mal. Por todas partes veíamos alzarse cruces e iglesias, por todas partes vimos destruidos los lugares sagrados de nuestros abuelos.

En todo el país «se acataba la orden» del rey, y las «naves blancas abandonaban los puertos».

Tres semanas después de nuestro encuentro con «el Durmiente» llegamos a Nidaros. Marchamos a nuestro acuartelamiento, dejamos las monturas en los establos

reales y fuimos a nuestros aposentos. El viaje nos había agotado y comenzábamos a sentirnos más y más confundidos, desorientados, sin saber qué hacer ante lo que se estaba produciendo delante de nuestros ojos. Pensábamos que nosotros no habíamos acudido a la reunión, meses antes, en el arce negro a defender al rey del poder creciente de los sacerdotes para que éste, tras nuestra victoria, les cediera el poder. Dormimos aquella noche y a la mañana siguiente acudimos en audiencia a la sala real. El rey nos recibió sin ceremonias, tomó la carta del ermitaño, nos preguntó sobre las incidencias del viaje y cuando comenzábamos a comentar lo que habíamos visto, -la pérdida de unas costumbres que suponíamos ya pervertidas, pero aún vividas-, nos despidió con gesto cortante y fuego en los ojos.

Días después se reunió la guardia y organizó una gran fiesta. En el centro de la mesa de palacio se sentó Sverre y su amigo el abad islandés Karl. Nos sorprendió que oraran antes de comer. Comimos y bebimos como hacía muchas lunas que no habíamos hecho y bailamos, bailamos en círculos, en anillos de fuerza, en anillos de poder. El calor del fuego, de la copiosa bebida y comida, del baile y la alegría nos hizo quitar las camisolas y vimos como en los pechos de nuestros compañeros había cruces donde antes pendieran antiguas reliquias familiares. El baile se interrumpió de repente y los danzantes nos rodearon señalando el martillo de Tor que pendía de mi cuello. Escuchamos algún grito de «troll», «signo pagano», algún susurro de «traición». Fuimos tomados por los brazos y conducidos ante el rey. Un gesto de Sverre bastó para que nos soltaran, su mirada nos atormentó más que las palabras que pronunciaron sus labios: «¿Por qué llevas el antiguo emblema de Tor, el pagano? Y tú, por qué le sigues?» No supe qué responder, nadie me había dicho lo peligroso que era portar el martillo, en Snertingdal nadie me recriminó que lo llevara. Nada contesté. El rey por segunda vez me preguntó que por qué portaba el martillo y que me lo quitara. Recuerdo que hice ademán de sacarme aquel símbolo legendario, aquella reliquia familiar, pero interrumpí el movimiento y de mis labios, sin

pensar, se oyeron, de nuevo las palabras del ermitaño: «Naves blancas abandonan los puertos». Retiré las manos de mi pecho y mirando al rey cara a cara me limité a fijar mis ojos en sus ojos mientras él dictaba la orden: «Que nadie les cobije bajo su propio techo, que no coman en hogar cristiano, que no entren en ninguna iglesia de Nuestro Señor, que todas sus propiedades queden en suspenso, que abandonen su puesto en la guardia real, que abandonen de inmediato Nidaros y que viajen desterrados al sur, a la isla de Hovedøya, en el fiordo de la ciudad de Oslo, hasta que les levanten el castigo los monjes blancos de Santa María».

Un círculo de silencio se hizo en torno a nosotros, un círculo de admiración, temor y odio, un círculo de soledad que nos acompañaría durante el largo camino hacia el sur. «Acatamos la orden y partimos», fue nuestra respuesta. Recogimos lo poco que nos pertenecía y salimos de los muros y empalizadas de Nidaros, a pie, sin caballos, sin nuestros amigos los caballos bayos, nuestros fjordinger.

Al principio el silencio cayó también entre nosotros. Nada nos dijimos hasta ver con sorpresa como una maldición de silencio, soledad y aislamiento caía sobre nosotros. Nadie nos hablaba porque a nadie vimos, a medida que llegábamos a los concejos o a las iglesias desaparecían sus habitantes, sus fieles. Cuando a lo lejos divisábamos a otros caminantes era para verlos desaparecer al acercarnos. Cuando nos cruzábamos con algún jinete cabalgaba siempre al galope. Con nadie hablamos porque a nadie vimos con intención de hacerlo. En algunas comarcas nos recibieron con hostilidad, nada hicieron sus habitantes contra nosotros, no hubo agresiones, pero tampoco comida. En otras la comida fue escasa y en las menos la recibimos abundante y hasta acompañada de algunos pequeños regalos como bayas y frutos del bosque, estábamos en pleno otoño, algunos hongos, alguna jarra de hidromiel o cerveza. La comida y la bebida no fueron problema ni aún en las regiones más hostiles. La caza abundaba en los bosques y la pesca en los ríos. Tampoco sufrimos demasiado las inclemencias del tiempo, siempre encontrábamos algún establo donde cobijarnos para no tener que acudir a las oseras de los

bosques en donde comenzaban a recluirse sus peludos dueños.

Fue un viaje de madurez de la misma forma que los dos anteriores fueron el último de la juventud y el primero del desánimo. Hablábamos poco, pensamos mucho mientras caminábamos, mientras cazábamos o comíamos la comida que nos preparaban en los concejos, granjas y caseríos que atravesábamos. Las pocas palabras que empleábamos durante los momentos de luz solar, tan escasa, se referían a los incidentes del viaje. «Prepara el arco». «Ahora silencio». «Allí, en la copa del abedul». «Mira esos hongos en la base de aquellos enebros», eran las frases necesarias que constituían nuestras conversaciones. A veces sólo gestos y otras, como si nos adivináramos el pensamiento, la mera acción. En cambio durante la fría y húmeda noche, mientras preparábamos alguna trucha, algún salmón sobre las brasas, alguna paloma o algún ciervo cazados durante el día, recordábamos tiempos juveniles, pensábamos en voz alta acerca de nuestras familias, añorábamos el valle, nuestro Snertingdal. De lo que nos esperaba en Hovedøya nada decíamos. De la posibilidad de embarcar hacia Islandia o las islas del oeste escapando de la orden del rey nunca hablamos, quizás porque sabíamos que ya todo el mundo respondía a la misma ley.

Cinco semanas después de nuestra partida de Nidaros, y ya en los albores del invierno, llegamos a la orilla del fiordo de Oslo. Detrás quedaron las primeras nieves del año, los difíciles pasos de las montañas, los primeros ríos y lagos congelados, las ventiscas, los aludes. Todo el mundo comenzaba a adormecerse en lechos de algodón. Armiños y liebres cambiaban ya el pelaje y las veredas de los bosques se llenaban, de nuevo, como todos los inviernos, de huellas pequeñas de corzo, de huellas enormes de alce. De nuevo volvimos a esquiar haciendo valer nuestro nombre de «piernas de abedul», de nuevo volvió el cielo a marcarnos la dirección, esta vez hacia el sur, de nuevo las blancas rutas estelares nos guiaron por el mundo de hielo; y la noche reinaba en aquellos días en que las blancas naves partían de los puertos.

A la mañana siguiente de llegar a la ciudad de Oslo embarcamos en el muelle de Aker, en la barca que nos enviaron los monjes de Santa María. El barquero era un hermano lego. Lo supimos por su hábito, por sus formas serviles y sus gestos burdos. El mar no llevaba hielo en esa parte del fiordo, pero su presencia se adivinaba ya en los pequeños entrantes de la costa. El agua estaba extremadamente fría, los patos, los ánades y ánsares habían emigrado a lejanas tierras en el sur del continente y, quizás, hasta más lejos, Mauritania tal vez, en las viejas rutas nabateas. Sólo gaviotas en Aker, sólo gaviotas hambrientas en la ciudad de Oslo, sólo gaviotas y el destierro nos esperaban en la isla principal de la laberíntica pléyade de las islas del fiordo. Sólo ellas, sólo la soledad y la presencia de los laboriosos monjes blancos del Císter.

Cinco días estuvimos en la isla sin poder entrar en el recinto del monasterio de Santa María. Cinco días en los que visitamos su irregular costa, sus breves playas, sus pequeños puertos. Cinco días recorriendo sus bosquecillos de abedules, sus colinas cubiertas de abetos. Y todas aquellas jornadas invernales recibimos la comida en la puerta lateral del monasterio, allí donde entregamos nuestras armas de caza y de guerra al monje barquero que ahora nos alimentaba devolviéndonos así a la condición de campesinos. Cinco largos días de espera sin saber cuál era la causa de la demora de nuestro ingreso en el monasterio en condición de desterrados, sin saber qué esperábamos y qué esperaban de nosotros.

Pasados los cinco días se nos permitió traspasar los muros, adentrarnos en el mundo místico de los monjes caballeros. Los monjes que convencieron a Sigurd el hijo del rey Magnus para que viajara como cruzado a Jordalan, abandonando su país en plena guerra civil, hacía ya cincuenta años. Por fin pudimos entrar y ver el ordenado mundo de los cistercienses, los vigilantes de nuestro destierro.

El monasterio se encontraba en plena actividad, por todas partes encontrábamos obras en plena realización, preparativos para pasar la parte más dura del invierno, actividad de constructores, de campesinos, de orfebres y herreros. Aún recuerdo la disposición de aquellos

macizos edificios. En uno de los lados se alzaba una torre cuadrada, de piedra, con el techo de madera. De uno de sus lados partían las celdas de los siete monjes, de otro se abría el refectorio, la cocina, los aposentos de los cinco hermanos legos y los establos y graneros. Un poco separada del resto de las obras, pero unida a ellas por los vértices de sus paredes frontales, se alzaba una iglesia de piedra, sin adornos, con el techo de madera como todo el resto de las construcciones. El pozo de agua se encontraba en medio de un patio formado por la fila de celdas y cuatro empalizadas de madera que estaban siendo sustituidas por muros de piedra. Los otros tres lados estaban formados por el portal del templo, las paredes de la herrería con su gran puerta y dos ventanas adosadas a sus lados y el muro de la espaciosa habitación donde los monjes traducían obras continentales y transcribían viejas sagas reales. La iglesia estaba rodeada por un muro que protegía su cementerio en el que había sólo una tumba. El patio, que después sería claustro, no era pues cuadrado sino que tenía ocho ángulos irregulares a imagen y semejanza de la unión entre el cielo y la tierra, según nos comentó uno de los monjes. Porque ese fue el primer cambio que se estableció una vez entramos, dejamos de estar apestados y pudimos hablar y escuchar como nos hablaban, y las palabras nos devolvieron al reino de los vivos.

El monje lego que nos trajo a la isla nos condujo ante la presencia del abad. Este nos contó la razón por la que estábamos en Santa María. Nos dijo que el rey nos protegía, que tras haber visitado al brujo, al eremita de Moskenes, quiso conservarnos con vida como últimos vestigios de la despedida del último de los magos. Nos dijo que los obispos de Nidaros, Bergen y Oslo querían vernos muertos por haber estado en contacto directo con el impuro y por portar símbolos paganos, pero que el rey se impuso y para protegernos nos mandó en destierro a este monasterio apartado del mundo, aislado, hasta que todo se olvidara y nosotros comprendiéramos los signos de un mundo que se estaba imponiendo ya en el reino desde los tiempos de Olav Haraldsson, hacía ya tres generaciones. El abad nos dijo que mientras

estuviéramos con él estaríamos bajo su protección, que los monjes nos enseñarían conocimientos que nos serían útiles en el futuro y que podríamos abandonar el destierro tres años después, exactamente tres, de esa conversación. Por último nos advirtió que durante ese tiempo debíamos ayudar en las tareas de construcción del recinto monacal.

Mucho aprendimos de aquellos hombres, mucho olvidamos de nuestro mundo antiguo, quizás porque sus signos, sus símbolos, se basaban o eran los mismos que los de nuestros antepasados, pero con un significado diferente. Poco a poco, trabajando con ellos, aprendimos su calendario litúrgico, su circularidad anual siempre repetida y a la vez la pesadumbre del tiempo su avance hacia ninguna parte. Aprendimos extraños nudos, diferentes formas de carpintería, el oficio de herreros y una diferente agricultura. Y en primavera, rotos ya los hielos del mar y fundida la nieve, volvimos a ver los círculos de piedras protectoras de unos brotes de plantas que ya conocíamos de nuestra visita al «Durmiente». Habían estado cubiertos por ramas de abeto para proteger sus raíces de los rigores de la nieve y el hielo. Y días después vimos brotar y florecer las mismas y extrañas flores que ya viéramos en la choza del ermitaño. Y más tarde, ya en otoño, plantamos también nosotros bulbos, semillas y plantas en la isla que desde entonces llamamos de las flores.

Pasaron los tres años y el abad nos comunicó que al día siguiente deberíamos partir, que el destierro había terminado. Nos entristeció abandonar a aquellos laboriosos y sabios monjes blancos, nos dolió también -con un dolor que ya nunca nos abandonaría- el saber que su fascinante mundo, como el del eremita de Lofoten, nos era ajeno. Cristales de silencio nacían ante nuestras preguntas y aún éstas se asemejaban a las blancas naves que ya habían partido de los puertos. Nada nos ataba a la isla de las flores y sus monjes jardineros, sólo su monótona rutina. Nada nos ataba al mundo de nuestros muertos, sólo sus nieblas de recuerdos. Nada nos vinculaba con el mundo, salvo el eterno paisaje de fiordos, islas, lagos, ríos, bosques y

valles. Y una fría tristeza sin origen cierto habitaba ya en nuestros corazones.

De vuelta a la ciudad de Oslo y ya en el muelle de Aker vimos que en tres años casi nada había cambiado, pero que a la vez todo era diferente. Al principio sus habitantes nos miraron con curiosidad, nadie que no fueran los hermanos legos salía de la isla, pero luego, indiferentes a nuestra suerte, volvieron a sus quehaceres. Nosotros, en cambio, nos sentíamos incómodos, mareados ante tanto ruido, ante tanta gente trajinando en el mercado. Oslo era sólo un pueblo, comparado con la hermosa Nidaros, y aún así nos pareció imposible quedarnos en él por más tiempo de tan ofuscados que quedamos por su actividad.

Tomamos el camino de Hadeland, la ruta de los señores, el camino donde se alza la tumba real y la piedra rúnica de Dynna. El dulce paisaje de Hadeland nos animó, nos sacó de nuestro ensimismamiento y hablamos. Y por primera vez tras más de tres años lo hicimos refiriéndonos al futuro. A un futuro que cobraba nueva significación para nosotros. Me dijiste que ibas a comenzar una nueva vida, sin tus amuletos, acudiendo a la iglesia e intentando comprender sus misterios aunque no creyeras en ellos. Y que ibas a buscar una esposa y edificar una granja tal y como nos enseñaron los monjes. Yo estuve de acuerdo en todo salvo en ese extraño asunto de las creencias. Ni tú ni yo creíamos ya en ellas, aunque ambas, sus signos, nos fascinaban. Entonces, para qué engañarse. Además los objetos que tú llamabas amuletos habían pertenecido a mi clan y eran inofensivos frente a una creencia que habitaba en nuestras tierras desde hacía ya casi dos centenares de años, y aún más si pensamos en aquellos monjes eremitas de la isla occidental. No yo no fingiría. Ni haría fingir a los míos. También yo construiría una granja y plantaría las hermosas flores de Hovedøya en algún lugar de Snertingdal para recordar siempre la sabiduría del último de los magos y la de los cistercienses de Santa María. También yo tendría esposa y un hijo, pero, insistí, «¿Por qué aumentar el dolor de saberse dividido intentando engañarse a sí mismo? ¿Por qué negar la evidencia de esta prisión de cristales?»

AUTOPISTA

III

Alemania, federal y única. Pasamos la frontera sin problemas, sin paradas ni inspecciones y aceleramos aumentando paulatinamente la tensión nerviosa. Sintiendo la presión de un tráfico agresivo en un cuerpo adormilado por la hora de delicias del ferry. Los automóviles nos adelantan por la izquierda, por la derecha, nos presionan por detrás con sus luces relampagueantes, nos igualan, miran con desprecio y aceleran dejándonos pasmados a nosotros y a los «trabants» de la Alemania, ahora, pobre. Cansados y agredidos empezamos a buscar un área de servicio en la que dormir un poco aclimatándonos al ritmo de las feroces autopistas alemanas.

Una nueva cafetería, un agua mineral, otra visita a los servicios. De vuelta al coche, reclinas el asiento de la derecha, sacas una manta y las zapatillas, y te dispones a dormir unos minutos. Aún no tienes la electricidad de las autopistas, pero afortunadamente, te duermes.

Maldecimos. Nos duele la cabeza, los hombros nos duelen, el cuello y la espalda nos duelen, los riñones y las piernas son un dolor confuso. ¡Dios mío las piernas! Hinchadas las rodillas, hinchados los tobillos, hinchados los pies. Dolor y necesidades perentorias que no puedes satisfacer por tu repentina invalidez. ¡Dios! ¡Y aún nos quedan un par de miles de quilómetros que recorrer!

Salimos del coche y andas con pies de octogenario hacia la cafetería. Y, ahora sí, pides un café, porque cogiste frío, y un agua mineral con gas para poder tomarte un par de aspirinas. Vamos a los servicios y volvemos a nuestra mesa para comprender que el café sigue siendo un líquido oscuro, caliente y desconocido. Bebes el agua, tomas las aspirinas y un par de pastillas contra la acidez que te producirán, seguro, las aspirinas. Maldices los sandwiches del transbordador, las tres cervezas y los próximos miles de quilómetros. Volvemos a los servicios y te serenas.

Arrancamos, buscas una emisora de radio que dé música y que te informe en varios idiomas sobre el tráfico, los conductores suicidas y el clima. La encuentras. Y te cuentan que ha habido un accidente en dirección a Bremen y que si estás en Hamburgo que cojas la autopista de Hannover. Y ya nos imaginamos en plena hora punta llegando a Hannover todos los que vamos hacia el sur y los que viajaban hacia Essen, Dortmund, Düsseldorf, Colonia y Bonn por la autopista de Bremen y la de Hannover. Suplicamos que no hayan más accidentes, ni conductores suicidas, ni controles antiterroristas, ni -por favor, eso si que no- obras.

Comienza a subir la tensión y al cansancio se suma el dolor de cabeza, los latidos del corazón en las sienes, la nuca hecha un nudo de nervios y las piernas convertidas en dos sacos de dolor. Acidez.

Pasamos Hannover en estado lamentable y buscamos una gasolinera donde repostar gasolina, comprar algo de chocolate, -hace mucho frío-, galletas, leche y un par de Tabs. Con la gasolina tienes el mismo problema de siempre en Alemania, ante mi no entender el idioma los empleados de la gasolinera alzan y alzan y alzan la voz, sin cambiar su jerga.

Repiten hasta mil veces la misma cantinela con afán pedagógico. Tenemos suerte y, por lo menos, no hay nieve, la dejamos al llegar a Hamburgo, hace un siglo, y la tierra está seca. Echamos la manta al suelo y apoyamos las piernas en alto en un banco. La sangre, al circular, te hace sentir las venas. Y comienzas otra vez a maldecirme, a desconfiar de mí, con esa energía histérica de las autopistas a la que eres tan proclive. No quieres detenerte para no tener que volver a adelantar a los camiones que ya pasaste, no quieres recrearte del poco paisaje digno de ver sin deprimirse por no parar el motor del maldito automóvil. No quieres desviarte de la autopista para ver algunas pequeñas ciudades provincianas de este país de esquizofrénicos, porque se pierde tiempo. Y te maldigo, y lo hago porque sé que ese oscuro lado histérico nos dominará arruinándonos el poco flexible cuerpo y con él el gozo de viajar aunque sea hacia ninguna parte.

Seguimos circulando y, ya más tranquilo, me preguntas, te preguntas, si una vez lleguemos a la altura de Francfort nos desviaremos a Stuttgart y su sur buscando al viejo o si marcharemos por el camino más corto hacia Francia. Las dos rutas te pueden acercar después a Mülheim y a esa área de servicio donde preparan tan bien el Wienerschnitzel con patatas fritas y donde se puede dormir en un bosquecillo cercano. Decides no molestar al anarca y seguir la ruta de Heidelberg. Pero al pensar en tal visita empezamos a recordar que hemos viajado unos quinientos kilómetros por Alemania, y que ya son once horas en este país. Y como siempre que lo has atravesado decides que la tejedora, el renacuajo y tú debéis pasar un verano en Alemania visitando Baviera, la Selva Negra, el castillo de Luis II. Y como siempre que recorres de punta a punta este país mentiroso enumeras los autores alemanes de las obras que forman ya parte de nosotros. Y te das cuenta que ellos nunca te engañaron ni tan siquiera el hoy criticado Marx, ni el suizo Hesse, ni el austríaco Bernhard, ni tan siquiera Musil. Y en cambio sientes que comienzas a no entender nada cuando adelantas algún «Trabant» y piensas que se debe estar muy loco o muy aburrido o desesperado para querer aniquilar unas vidas

cotidianas en oposición o no con un sistema político y sólo para poder comprarse en libertad un magnetófono, una televisión repleta de idiotas o unos pantalones vaqueros fabricados en Andorra. Porque hacer desaparecer a la burocracia, a la Stasi o mejorar la situación económica es comprensible, pero es que no se han limitado a eso, no, han volado todo el país para convertirlo en tres regiones repletas de miseria, paro, delincuencia y falta de solidaridad como nunca se había conocido en la república cínicamente denominada democrática. Y te sorprende porque, como siempre y como todos nosotros, han sido engañados por el discurso demagógico del liberalismo y las cuatro chucherías consumistas que hacen que los europeos llevemos una vida confortable a costa del resto del mundo que nos dejan libre los estadounidenses. Siempre pensaste que la solidaridad era un valor superior al de la mera libertad. Y te das cuenta, ahora, lo ajeno que eres a todos los supuestos valores actuales de la sociedad de tu país y de la de los países europeos. Nada que hacer, sólo basura producida en esa libertad de ellos. Y ya no quieres viajar por este país engrandecido a base de planes Marshall, disciplina, turcos y explotación a terceros. Comienzas a estar harto de tanta hipocresía, de tanta doble moral, y sin saber cómo ni porqué empezamos a recordar citas de Marx, poemas de Holderling y párrafos del viejo Jünger. Y sin saber cómo ni porqué comienzas a recordar aquel año en que nos reuníamos para estudiar a los innumerables en las casas de los padres de Fernando, con piano y hippies incluidos, de José Luis - con aquel acuario adoctrinado-, cuando escuchábamos música en las literas del cuarto de Josema, cuando leíamos Schopenhauer, cuando nos leíamos los unos a los otros esperando la caída de algún suicida en aquel cuarto con dos camas, una mesa con dos sillas y máquina Olivetti y grandes estanterías y mirador a un patio de luces y suicidas. Y aquel otro cuarto blanco, enorme, lleno de hermanas y libros, lleno de música californiana y cretonas. Y recuerdas los dormitorios de tus dos amigos, el uno tan formal, tan decorado por una madre, el otro tan pequeño, tan bonito, con aquella rejilla granate y libros de Ory sobre la mesa. Cuartos

en los que el amor estaba vedado por unos padres incomprensibles, cuartos burgueses en los que sus hijos conspiraban mientras escuchaban a John Lee Hooker, fumaban hachís, comían bocadillos de fiambre y simulaban, fascinados, vivir en el lado peligroso de la vida. Y en pocas semanas concentramos un sabor literario y musical de años, y en pocas semanas practicamos lo que los cuerpos, la educación y nuestras fuerzas nos permitían, y gozamos con el dolor de los malditos, y en pocas semanas comprendimos lo que viviríamos años más tarde en forma de muerte, soledad y desarraigo. Y perdimos la batalla, y nos derrotaron aniquilando aquel grupo de amigos, de viajes a Ibiza, «chocolate» y comandos. Aquellos amigos de flores en carteras colegiales, de poemas de cinco minutos y mítines, pirómanos de bancos y banderas yanquis, secuestradores de autobuses y atracadores de máquinas ciclostiles. Aquellos amigos enfundados en chaquetas militares, con el *Diablo* y *The Door en el cuerpo*, Lenin en la cabeza, y Baudelaire en el corazón. Y no sabes bien por qué vuelves a recordar todo esto ahora, cuando estás llegando a Freiburg, cuando ya sientes dolor de estómago, cuando ya temes que hayan cerrado el restaurante donde vas a comer filete empanado, salchicha de Wurtemberg y patatas fritas, cuando ya sospechas que hoy vas a dormir borracho de cerveza bajo los tilos y la luna en tu saco noruego a prueba de fríos polares. Quizás añoramos aquellos días, aunque la muerte ya nos ha pasado la factura. Quizás sientes que en tu soledad te mantienes fiel a todo aquello, que hasta el viajar en este coche anticuado, -de tu época de cine-clubs y Bergman comentado-, comer en bares de carretera con música de jazz o de Cohen y dormir al raso en un bosque próximo a las cunetas de los caminos, en el bosque láctico; es el resultado lógico de todas aquellas noches oyendo a Dylan, Young y Billie Holiday tirado entre los almohadones de aquel viejo Capsa o en el lúgubre Groucho, esos primeros bares alternativos de tu ciudad. Quizás sea el resultado de aquellas salidas del barrio a punta de metrallera, los combates contra los fascistas o las panfletadas por el barrio del Cristo y los mítines, y toda aquella hermosa

poesía, y todas aquellas lecturas compartidas, y toda aquella música.

Y llegamos, y está abierto. Repostas gasolina, esta vez silenciosamente. Salimos del coche sin problemas, melancólicamente, telefoneas a los tuyos, aparcas el coche, coges tu bolsa y el chaquetón. Hace frío, siempre hace frío en las proximidades de esta frontera franco-alemana, sabes que mañana por la mañana el frío será punzante, pero no nos importa.

Está todo repleto de negros norteamericanos de las bases coloniales, la música ni es jazz ni Cohen, sino la cantinela de un negro que «rapea» algo incomprendible y con lengua de Cela. Revisas los mostradores y ahí está el camarero de siempre, harto, hasta el culo, -se te contagia la jerga del «rap»-, de los americanos, su inglés y su prepotencia de muchachos fuertes, faltos de inteligencia y don de gentes. Cojo una bandeja, cubiertos, vaso y servilleta y ya sólo pienso, con la boca hecha agua, en el filete, la salchicha, las patatas fritas, las primeras tres cervezas Lowenbraun y el aguardiente. Me siento, devoro la salchicha y comienzo melancólico a beber la segunda cerveza. Comienzo mi recriminación y no te hago caso. Ya comí. Voy al mostrador me sirvo un café, repugnante como siempre, y un trozo de tarta de queso y recuerdo cuando mi hermana me llevó, siendo yo un crío, al Edelweis de Madrid, y vuelvo a recordar aquel codillo magnífico, aquella tarta de queso espléndida. Compró seis cervezas más para pasar la noche y media botella de aguardiente. Acabo el café y la tarta, voy al coche, dejamos las cervezas y el aguardiente, vuelvo a la cafetería, a los servicios ya no tan limpios, y repletos de expendedoras de condones, te vacías, volvemos al local, están cerrando. Compras un café de máquina, un paquete de cigarrillos y definitivamente te arrojan a la fría noche. Sin ganas de dormir, y con cierta resaca prematura que combates con el café instantáneo, y un cigarrillo, y una cerveza, y la mirada perdida, desenfocada, hacia el tráfico ininterrumpido de la autopista. Y te arrastras hacia los tilos.

BOSQUE

IV

Pasado el concejo de Re nos separamos. Fue una despedida triste, habíamos aprendido mucho desde aquella noche, hacía ya cuatro años, en que nos reunimos en el arce negro. Pero también estábamos contentos de volver a nuestro valle, con los nuestros. Tu te dirigías a la granja de tus padres en Bjørnehi, yo seguía la ruta que se adentraba en el valle. Aparentemente nada había cambiado. El bosque continuaba sin ser talado y el arroyo seguía su cauce. Por todas partes encontraba signos del final del otoño, abedules sin hojas, hongos ennegrecidos y ese dulce olor de hojas muertas que anuncia la proximidad de un invierno siempre blanco, de silencios blancos. Toda la floresta se disponía a aletargarse, el amarillo, dorado y rojizo habían sustituido a los verdes del verano, sólo los abetos mantenían inalteradas sus flechas detenidas.

Recorrí el camino que bordea el cauce del río a poca distancia del arroyo hasta que llegué a la encrucijada de los caminos allí donde se entrecruzan el sendero de Lunden, el que yo seguía y el que tomaría para ascender la ladera de una de las vertientes del valle. Tomé mi camino y llegué al anochecer a la granja familiar.

Nadie me esperaba y todos se sorprendieron y alegraron al verme. Esa noche no durmió nadie en la granja y tuve que contestar a decenas de preguntas acerca de todo lo que había hecho, de todo lo que vi y de la situación del país. Después, tras comer y beber copiosamente, relaté ordenadamente todo lo que me aconteció durante los últimos cinco años. Ellos sabían

ya de nuestra victoria, de mi viaje al Norte y de mi posterior destierro, pero deseaban escuchar de mis labios las hazañas de su birkebeiner.

Fue una hermosa noche de invierno, de cerveza, cariño y buen fuego. Una noche en la que sin yo saberlo se estaba iniciando un rito invernal en el valle, en la casa de mis padres, porque mientras relataba las aventuras que me habían acontecido junto a Harald de Bjørnehi las iban transformando en saga. Saga que sin yo quererlo sería conocida con el tiempo como la saga de Pål de Snerthingdal y que se recitaría todos los inviernos en los distintos caseríos del valle.

Mi hermano mayor se había hecho cargo de la granja por lo que yo necesitaba encontrar un lugar donde construir mi casa. Días más tarde buscamos mi padre y yo un claro en el bosque donde construir una cabaña y donde fuera fácil robarle tierra a la floresta. Tras una semana buscando encontramos a unas dos millas de la granja familiar un lugar que pareció adecuado.

Sobre una colina se alzaba una docena de viejos pinos, altos, de fuertes troncos. Rodeando la colina y en círculo había una gran extensión plana, sin árboles de ningún tipo. El lado norte estaba protegido por los linderos de un bosque de abetos y abedules. En el sur se alzaba la vertiente del valle. El este se abría a un lago y en el oeste se alzaban algunos cerros bajos con vegetación irregular. Las primeras nieves ya habían cubierto el suelo y dulcificaban los accidentes del terreno, pero de todas formas el sitio parecía adecuado, quizás, ideal.

Ese invierno lo dediqué a retomar el ritmo familiar, el asentamiento, ayudar en las pocas tareas domésticas que la estación blanca nos permitía realizar. Preparar trampas, hacer anzuelos, fabricar cuchillos y herramientas, cuidar del ganado y de los establos. También asistí a alguna reunión del ting para reclamar las tierras que había marcado y celebré junto a mi familia las fiestas del Jul, las fiestas con que finaliza el año. En uno de esos días festivos nos reunimos todos los que habitábamos el valle en un lugar próximo a la iglesia, el arce negro era ya un lugar pavoroso, de muerte y ajusticiamientos. Y tras los oficios religiosos

en los que no participé se organizaron bailes y juegos, y la comida y bebida abundaron, y reinó la paz, la alegría y la amistad.

La fiesta de Jul había servido siempre para que los jóvenes se conocieran, para que las familias se reunieran y, tras la llegada de la nueva religión, para que los enemigos se reconciliaran. Yo ya no era especialmente joven y aunque sobre mí se iba construyendo cierta aura legendaria no era alguien con el que se mejorara la hacienda de las familias. Sólo me tenía a mí mismo. Busqué a Harald que ya se había comprometido con una prima segunda mía de la rama familiar que vivía en Bjørnehi. Nos saludamos, nos divirtió recordar algunos momentos de nuestros viajes por el país, me contó lo que había hecho desde que habíamos vuelto al valle. Su próxima boda, él era el mayor de la familia y único heredero, los proyectos de ampliar la tierra familiar, la compra de algunos caballos del valle de Gudbrandsdalen y de la costa oeste, como los bayos que usamos para viajar hacia el norte. Yo le comenté que aún no había podido trabajar en la tierra que había encontrado en el fondo del valle, que el frío era intenso y no se podía hacer nada aún en el campo, ni talar el bosque ni construir, aún, la cabaña. Acordamos que él junto con toda su familia se uniría a los míos y a algunos vecinos para ayudarme durante una semana, una vez dejara iniciadas las labores primaverales de la granja, a construir la casa.

Bebimos, reímos y decidió bailar con su joven amiga, nos separamos entonces, y cuando ya empezaba a pensar en volverme con mi familia la vi. Allí estaba en un extremo, alejada del jolgorio, pero participando con la mirada en el baile, allí estaba la tejedora del valle. La hija de aquella familia venida de Thule hacía ya seis generaciones. Ella, como yo, estábamos solos, sin fortuna, al margen de lo que ocurría a nuestro alrededor, aunque estuviéramos allí. Ella, con sus ojos amarillos, con su mirada amarilla de saber de cristales, soledad y silencio. La tejedora del valle, la solitaria amazona que tantas veces entreví por las veredas del bosque montada en su yegua roja, de crines de oro, en su tranquila Halla.

Cuando niños habíamos sido camaradas de juegos y habíamos compartido llantos y risas. Juntos descubrimos las fuentes de los arroyos que forman el río del valle. Juntos perseguimos las siluetas de los elfos en los bosques del troll, en las veredas donde dejaban mechones de sus cabellos entrelazados en las ramas bajas de los abetos. Y juntos también buscamos al alce y al corzo, al zorro y al armiño, en veranos de interminables juegos. También, unidos por nuestra curiosidad incansable, visitamos la choza del anciano del lago y de él aprendimos signos antiguos, símbolos de un saber anterior que ya había partido en aquellas blancas naves del «Durmiente».

Pasó aquella infancia y con la adolescencia llegaron los trabajos de la granja y del telar familiar. Ya sólo nos encontrábamos en noches señaladas y buscábamos en el cielo las estrellas predichas por las piedras rúnicas. Estrellas de las rutas blancas, efímeras estrellas fugaces, cometas, nocturnos cielos otoñales, cuando el aire es más tenue, cuando la noche es clara, liviana y protectora.

Nuestras miradas se encontraron y sonrisas de viejos amigos nacieron en nuestros rostros. Sonrisas que se convirtieron en abrazo, abrazo que se hizo beso, beso que se transformó en risas y risas que fueron carreras. Nuestros cuerpos se encontraron por fin, por fin nuestras manos acariciaban sus destinos. No hubo palabras, pero nos contamos el secreto escrito ya desde nuestra infancia.

En primavera marcamos los límites de las tierras y cortamos los árboles necesarios para construir la cabaña. Hubiéramos deseado construir una casa como la del «Durmiente», de piedra, pero no fue posible. Hubo que esperar a los inicios del verano para abrir la tierra y fijar los cimientos. La casa, pequeña, siguió el modelo de la del eremita, sólo hubo dos modificaciones, la ventana del lado oeste, mirando hacia las colinas, y otra, en el este, abierta hacia el lago. El hogar en el lado más frío de la casa, en el norte, y con una chimenea de piedra como la que vi en casa del ermitaño de Moskenes. En el lado oeste la cama, en el este, en el ángulo que hace sus pared con la del sur, instalamos el telar de la tejedora y por último

construí una mesa con dos bancos que colocamos cerca del hogar. Separadas de la cabaña, por el lado sur, edificamos la porqueriza, un pequeño redil y un establo para Halla y el bayo, un potro, que adquirí en primavera. Con el correr del tiempo se sumarían a los caballos, sus crías y dos cabras, y dos ovejas, y el cerdo. Adosado a las edificaciones de los animales construimos un granero. Ese año no plantamos cereal, sólo marcamos con círculos el pequeño jardín de las flores de Santa María y de las plantas del «Durmiente». Ese primer año vivimos con parte de la abundante cosecha de la granja grande, y de la caza y pesca, muy abundantes en estas comarcas. Dedicamos el tiempo a preparar la tierra, arrancando hierbas, quitando piedras y buscando una fuente de agua con la que abastecernos. Fueron días hermosos en los que comenzamos la tejedora y yo a convivir, sin ceremonias, con el ritmo lento y único de los bosques.

Y pasó el tiempo y a las cosechas se sucedieron los inviernos y a estos los nacimientos de nuestros animales. Y un día de verano cuando el día es más largo tomamos juntos, en las fuentes del lago Thordyl, una infusión hecha con aquellas hojas que me diera siete años antes el último de los magos. Fue un día sin nubes, de calor intenso, repleto del zumbido de abejas y abejorros, un día de libélulas, mariposas y moscas voraces. Llegamos a las fuentes al atardecer, al inicio de ese interminable atardecer del solsticio de verano. Nos desnudamos, nos arrojamos en la charca de las fuentes y tras un baño de hielo líquido nos tumbamos y abrazados, acoplamos nuestros latidos al fluir de la savia, al correr de las nutrias, al vuelo del águila. Felices tras el amor preparamos una gran hoguera y bailamos como locos a su alrededor saltando sobre sus llamas, saltando desnudos a través de sus llamas. Y el bosque estaba en nosotros, y las fuentes corrían por nuestros cuerpos y el fuego y la brisa ardían en nuestros ojos, en nuestros cantos. Y caímos al suelo y nos amamos con furia, con la dulce furia de los castores. Y preparamos un asado, y comimos, y bebimos vestidos con las túnicas que ella tejiera la primavera pasada, y blancos de lino y de lana blancos decidimos partir de aquellos puertos terrenales.

Es difícil recordar con palabras lo que no se olvida con los sentidos. Todo fue olfato, tacto, oído, gusto y vista y, a la vez, nieblas blancas difuminaban el contorno de lo que creímos barcos. Creímos, sí, porque horas después al contarnos las visiones descubrimos que ambos habíamos soñado lo mismo. Nieblas blancas, velas que flotaban movidas por el viento y difusas siluetas de elfos. Y sobre el cielo gaviotas de alas negras. Y en nuestros oídos las palabras del último de los magos «naves blancas abandonan los puertos», «nada que hacer, acatamos la orden», «naves blancas abandonan los puertos», «nada que hacer, acatamos la orden», «naves blancas abandonan los puert...» Velas blancas, vientos rojos y un distante rumor de harpas y flautas, letanías de un saber antiguo.

Estaba ya el sol muy alto cuando despertamos cogidos de las manos. Lo hicimos lentamente con la sensación de salir de un líquido espeso y cuando por fin pudimos ponernos en pie nos sentimos diferentes, nuestras miradas se habían desenfocado interiormente, nuestros horizontes habían cobrado volumen.

Como un rito repetimos todos los veranos la liturgia del agua y del fuego, la transfiguración de las hierbas, pero ya no volvieron aquellas visiones. Las naves blancas habían partido definitivamente de los puertos y con ellas viajó el último de los magos. Lo que no supimos entonces es que el «Durmiente», antes de partir, dejó en un apartado valle del este noruego dos herederos, dos discípulos de su saber primero.

AUTOPISTA

IV

Despertarse fue un dolor. Siembre es un dolor despertarse tras una noche corta de sueño y larga de nervios contenidos. Un dolor que arrastraste a los servicios, punzante dolor del que orina entrañas, dolor que adormeciste con una increíblemente buena ducha en los dudosos últimos servicios de Alemania. Caricias del agua sobre tu rostro, caricias empapadoras de tu dolorida cabeza. Masaje húmedo en tu castigada nuca. Caricias lamedoras de tu espalda, de tu pecho, de tu vientre. Caricias sin temores, caricias egoístas. Reconfortado, adormecido, limpiaste tus dientes de los restos de una noche de tilos invernales, de pánicos alemanes y estrellas congeladas. Vuelves al ridículo castigo de vaciarte frente a un muro de azulejos rosa, lavas tus manos pestilentes aún de tabacos nocturnos, lavas tu rostro una vez más con agua fría, te peinas el pelo y la barba y, recordando a tu padre te pones dos gotas de rancio pachulí en tu bigote y dos más, una y una, en cada lóbulo de tus orejas recordando viejas bromas infantiles, «qué es el viento, las orejas de Luis en movimiento».

Y hace viento cuando sales de ese centro mítico, de ese hogar bastardo que son todos los servicios públicos, y más éstos de la autopista. Y hace frío y viento, y el sol luce a la altura de tus ojos haciéndote recordar las horas al volante en tus viajes invernales por Escandinavia. Y nos refugiamos en la cafetería y nos recogemos en olores matutinos, ciudadanos, olor a bollería y café, a papel de periódico y productos de limpieza. Pides un chocolate con algo de crema, y tostadas con mantequilla, y mermelada de fresas, y un botellín de agua mineral con gas, y «Le Monde Diplomatique» para no sentirte solo y deshacerte de las últimas monedas alemanas. Gozas, me anulas, me rindo agotado y gozas en silencio de tu desayuno mientras ojeas distraído el periódico. Salimos repuestos y habiendo recompuesto nuestra precaria armonía en una visita fugaz a los servicios. Sigue haciendo frío, pero no importa. Montamos en el coche, arrancamos, ponemos una cinta de Kari Bremnes que nos cuenta los sueños de una niña en un muelle de la costa norte noruega viendo pasar el barco correo de la

«Hurtigrute», de la ruta rápida hacia el norte del norte. Y lentamente, sin ruidos, como un paso de ballet clásico nos internamos en Francia. Sin prisas, tranquilamente, como el vaciarse del agua de la bañera de un baño caliente. Suaaaaave hasta el primer peaje. Y allí, de pronto, eres consciente de nuestra carrera contra el tiempo, contra la cinta negra, y tomas el semáforo como una señal de salida en una carrera de bólidos. Y corres, sales disparado con este paquete de hojalata y mitos cinematográficos hacia Lyon, la ciudad más anónima, aburrida y burguesa de Europa. Hacia Lyon y sus ridículos restaurantes de la «nouvelle cuisine», hacia Lyon y sus embotellamientos y sus accidentes en cadena y sus nieblas fluviales y su macizo horizonte. Y tras sobrevivir a tanta abulia, conducimos definitivamente con rumbo sur, con rumbo a Nápoles, Marsella y Barcelona, con rumbo al culto mar Mediterráneo, hoy aromática cloaca de sus países ribereños. Rumbo sur..., pero nos detenemos para poner gasolina y lo hacemos en lengua romance y sentimos la clásica punzada del cuerpo, pero ya no visitamos los bastardos hogares de las «toilettes», sino la pura delicia de las cunetas evitando el viento de cara. Y nos dirigimos a una cafetería y en su aparcamiento ves un renault «dauphine» y además es de aquellos «ondine» de tres velocidades, como el que tenía tu padre, como aquél que lavaste docenas de veces en mañanas domingueras de ensaladilla rusa y filete empanado. Y recuerdas a tus padres. Y piensas que desde su muerte te acompañan siempre en tus recuerdos, en tus gestos, en tus frases hechas y en ciertas bromas privadas. Piensas que quizá sea simplemente que están muertos, vivos en mi corazón o que tú te acercas a la cuarentena o que tienes un hijo que te hace interpretar un papel en una obra en la que tú, antes, sólo eras el oponente. Y qué fácil ha sido interpretar, sin ensayos, el papel ya aprendido. Qué fácil ha sido dejarse redimir, salvar, por ese pequeño enano.

Nada, absolutamente nada sano que comer en esa cafetería francesa. Desandamos el camino recorrido, montamos en el coche y buscamos el edificio donde, orgullosos, exponen los franceses sus productos agrícolas. Compras una terrina de paté, un par de

quesos, dos panes redondos y buscas, aunque no sea de la región que atraviesas, una botella de beaujolais y otra de esta tierra, de Côte du Rhône. Conduces despacio hacia una zona con árboles, mesas y bancos. Comemos y gozamos del reencuentro con el vino tras la tentación de los vinos del Rin y del Mosela, dominada por los controles policiales. Dejas un último vaso de vino para gozarlo con el penúltimo puro que te queda de las delicias de Rødby y tras gozarlo, y con la ayuda de un sol que ya calienta algo, te adormeces con el temor de quedarte frío. Porque eso es cierto el campo ya no es campo, el aire es sólo una masa gaseosa y el mar una cochinateda, pero el sol aún parece ser sol. Y no podemos más que recordar aquellos otros silenciosos monólogos mientras descansabas en tu coche, tras una rápida comida de régimen, de una tediosa jornada laboral en aquella fábrica del ramo del metal que tú llamabas «Dachau». Y es que aquello era peor que cualquier cosa conocida anteriormente por ti. Allí el cinismo, la corrupción y la indignidad gobernaban sobre unos hombres acostumbrados a obedecer. Salvo un grupo reducido, que fue creciendo a medida que las sucias jugadas de la dirección fueron desvelándose, el resto apelaba siempre a su individualismo, a su egoísmo genital para mostrarse insolidarios y proclives a la mayor de las indignidades: obedecer engañándose a sí mismo. Daba náuseas trabajar con magníficos mecánicos, con adultos padres de familia que se vendían por unas monedas ganadas haciendo trabajo negro y que gastarían en inútiles objetos de estatus. Se dignificaban en el consumo, indignos para siempre ante sus compañeros y lo que es peor, ante sus jefes que apretaban más y más las tuercas. Ellos fomentaban una corrupción de favoritismos que ningún chaval aceptaría de sus maestros o de algún adulto. Eran increíbles los celos que se producían porque el jefe no hablaba con uno y sí con el compañero de al lado. O las rencillas nacidas por cobrar unas pesetas más que el de enfrente. Las afrentas surgían en algunos casos por no haber sido invitados a la boda, al bautismo o yo que sé que más ceremonias, de uno y otro jefe. Y mientras, ellos disfrutaban planificando ascensos contra el de al lado,

primas de producción diferentes para provocar el odio entre los compañeros y negándole las horas extras, siempre ilegales, al que ellos consideraban que simpatizaba con los del sindicato. Y todas esas arbitrariedades medievales sin que las autoridades laborales hicieran nada. Y cuando lo hicieron, con sanciones mínimas, parecía que el mundo se derrumbaba, que había que cerrar, que había que confiar en ellos y no en esos malditos sindicalistas que estaban arruinando al país. Y tú, mientras, asistías en la universidad a unas clases absurdas de metalenguajes, metaéticas y metafísicas. Y te encerrabas en los servicios de la fábrica para ir escribiendo tus críticas literarias para aquel suplemento tan querido, tan divertido que dirigía tu médico favorito. Y por las noches caías en las fatales fauces de los bares nocturnos de esa ciudad de bares y gatos a la que te diriges. Y siempre iniciabas los senderos étlicos en un café de colores malva y rosa, recordando los inicios de tus lecturas con aquel librero y la vigilante mirada rubia de una estrella. Y siempre te pasabas después por la calle Caballeros y visitabas bares donde nunca pagabas, de tan amigos que eran sus dueños. Y te aturdías con algún bourbon pensando en carreteras y en caballeros de nieve y te salvabas, momentáneamente, con un par de cafés magníficos hechos por el rey de la coctelera. Y fatalmente seguías la ruta de los elefantes, del sentimiento y sus luces, a la humeante «Marcha», hasta caer rendido y hastiado en algún «Tatuaje» donde hacer el golfo sin limitaciones, sólo las que te marcaban los mucho más golfos de tus amigos, o en el lejano «Continental» donde enloquecías en un silencio repleto de miradas a tanto cuerpo religiosamente vestido para la noche. Y aunque tú tuvieras que madrugar siempre había la presentación de algún libro de poesía, de algún poeta que deseaba ser confundido por las presentaciones de tu amigo el vate breve, de las tuyas propias o de los acalorados y alcohólicos debates, tras la lectura campal de unos poemas, eso sí, siempre hermosos. Y tampoco faltaron jurados, entregas de premios y actos en los que marcamos siempre la diferencia con esa actitud, tan española, de gozar antes de la muerte. Y tras todos

esos individuales y colectivos «Carpe Diem» sin ausonios, en soledad, te ibas a casa o al coche para recomponerte y acudir a la cita de todos los días a las ocho con el odioso reloj de la fábrica. Después llegó la resaca de aquel remedo de fiesta y el dolor visitó a tus amigos y tú diste dolor. Y el dolor nuevo se sumó al viejo y un silencio nuevo ocultó tu silencio antiguo. Pero hay que callar, silenciarme y ponerse en marcha.

No quieres café y buscas una máquina expendedora de nescafé para crearte la ilusión de una sobremesa. Y partimos.

Nos reintegramos a la cinta sucia de asfalto, al mundo de automóviles y camiones, y pienso en el abandono de los pensamientos totales y en sus consecuencias. Descubrimos productos para resolver un supuesto problema, pero no investigamos sus posibles repercusiones negativas. Producimos coches, pero no sabemos cómo deshacernos de ellos una vez dejan de funcionar. Producimos con peores calidades, pero con envoltorios más y más atractivos salvo cuando los encontramos en nuestras playas, bosques y calles. Ideamos utopías de automatismos olvidando sus repercusiones en el incremento del paro. Ahorramos en el presupuesto de ayudas sociales y lo incrementamos en el de la policía. Producimos más y más productos alimenticios que debemos destruir para mantener esa entelequia bárbara del mercado y abonamos nuestros campos, y así abonamos también un mar cada día más contaminado de nitratos, fosfatos y algas venenosas. Perdimos el centro y con él el horizonte. Todo se ha transformado en cuerpo, inarmónica masa de músculos imitando la silicona, movimiento imitativo de las máquinas. Y no puedes dejar de pensar que todo se ha hecho bajo el lema de la libertad, y no puedes dejar de sonreír al pensar en el cinismo de quienes defienden valores libertarios donde antes sólo había fascismo católico, y no puedes dejar de cabrearte cuando sobre las utopías humanistas ha caído la maldición de los envoltorios. Pero qué le vamos a hacer, te preguntas. Qué se puede hacer cuando todo se derrumba, cuando no hay modelos para los que fingen ser demócratas porque votan un par de veces cada cuatro años y pueden llenar sus estómagos, sus bolsillos y casas con

toda esa porquería consumista que nos enloda y, casi lo que es peor, que aniquila a los que no pueden gozar del aburrido desarrollo, democrático y europeo. Y es que todos somos norteamericanos, todos hemos sucumbido a la fascinación idiotizante de su visión tecnológica y competitiva de la vida, del mundo y hasta de la carne. Ya somos norteamericanos, con paella e historia, muchísima historia, pero totalmente idiotas.

Estás cansado, te ha dado el bajón del crepúsculo. Buscamos una gasolinera donde llenar el depósito de gasolina, estirar las piernas y buscar un rincón reservado para satisfacer tu molesto cuerpo. Maldito cuerpo que siempre te falla cuando más lo necesitas, cuando envejecemos y nos van aislando más y más, cuando conseguimos por fin la recompensa del tiempo, más o menos libre, cuando somos más sabios. Sí, entonces nos abandona con sus malditas enfermedades, sus achaques, su senilidad y finalmente... la muerte. Maldito cuerpo fuente de todos los errores, y de nuestra enjaulada soledad. Sólo los ojos, sólo ellos hacen soportable la convivencia con este traidor inveterado.

No estaba mal la gasolinera, parecía salida de un «Blade Runner» luminoso y solitario. Hasta el gasolinero era simpático y hemos charlado sobre este potro de tortura en que se ha convertido el mitológico volvo tras dos mil y pico quilómetros. Quilómetros y quilómetros con el trasero dormido, dolor de flato, de espalda, piernas irreconocibles, hombros torturados y nuca, sádica nuca, convertida en un nudo de cortocircuitos eléctricos.

Seguimos el camino y esta vez no piensas parar hasta que el hambre y el sueño nos venzan. Y ocurre pronto y cerca de Orange, entre el Languedoc y la Provenza, en tierra de trovadores, aparcamos. Lo hacemos en un aparcamiento con letrina y agua corriente. Estiramos las piernas, inspeccionamos y utilizamos los deplorables servicios y damos un paseo por un pinar cercano. Pinos y olmos y álamos y un cierto olor conocido a campo seco, a tierra sureña. Te haces la cena con los restos del paté, de los quesos, el pan sobrante y la botella de Côte du Rhône. Nos preparamos para dormir tras las abluciones nocturnas.

Y nos parece escuchar una chicharra, un grillo, pero no, eso es imposible en esta época del año. Y, ¿no es eso un cuco?, pero ya el sueño llega con un lento oscurecimiento.

Nos quedamos en el saco cinco minutos más tras un despertar de pájaros y nubes. Cinco minutos más en este estado de gracia del que despierta sin tener que ir al trabajo. Cinco minutos más mirando el cielo azul tras la noche clara. Y mirando los pájaros provenzales recuerdas las flechas de los patos cuando vuelven cansados a Noruega tras el invierno y su agitado retorno cuando acude el frío a su cita anual. Pero sobre todo recuerdas su alegre rapidez cuando se mudan de un lago a otro, de un lago al mar, en pequeñas formaciones de seis o siete. Tan rápidos, tan seguros de alcanzar su destino, de saber cuál es ese destino. Y también los pájaros en este amanecer provenzal te hacen recordar las albas medievales y la de otra canción de alba en la que el poeta mencionaba unos pájaros maldecidos en los amaneceres de las Ramblas de Barcelona.

Es hora de ponerse en marcha, es hermosa la Provenza y en ella has pasado una buena noche, reparadora noche de sueños blancos. Hay que buscar una cafetería para desayunar. Tengo el hambre de los que están satisfechos por un buen trabajo realizado.

A la altura de Nîmes encontramos una cafetería. Desayunamos, sin probar el café, controlando nuestro deseo de beber la perla negra de las infusiones, un chocolate con crema y bollos. Visitamos, desgraciadamente, los servicios y recibimos la agradable sorpresa de encontrarlos limpios, impecables sus expendedoras de condones con modelos de fantasía, sus jaboneras rebosantes de jabón líquido, sus lavabos relucientes, sus suelos húmedos aún, limpísimos, como el resto de los servicios y, ¡oh milagro! con papel en abundancia. Me deleito en repetir la limpieza de la mañana. En ese momento, sin volver al coche a por la toalla, nadie sabe como yo de lo efímero de esos momentos deliciosos y de la limpieza de los servicios y retretes franco-españoles. Y así, tras revisar el aceite del motor, el líquido refrigerante del radiador y el nivel del líquido de

frenos, y sintiéndonos reconciliados con el género humano partimos hacia la Occitania.

BOSQUE

V

63

Y se sucedieron las lunas y sin alteraciones vivimos los cambios de las estaciones. Y hubo años de fríos inviernos y otros de cálidos veranos y cumplimos con nuestro ritual recordando al «Durmiente» y gozamos del pequeño mundo que nos rodeaba, del arce señor de nuestra tierra y de los pinos que rodean la cabaña y de los abedules y tilos, fronteras arbóreas del oscuro bosque. Y de los verdes pánicos, de las detenidas flechas de los abetos que me hacen recordar las siluetas de las islas del norte. Y todos los veranos recibimos la visita del consejo de los cuervos y decenas de ellos se reunieron en nuestros pinos graznando sus pleitos. Y muchas primaveras vimos a la paloma torcaz penetrar en los bosques, y escuchamos el sordo canto del urogallo y el repiqueteo del pájaro carpintero y el piar de los estorninos. Todos los años nos visitan los corzos y escuchamos la berrea de los alces, y les vemos salir del bosque al atardecer buscando pastos y penetrar de nuevo en él cuando clarea la mañana. De noche escuchamos el ladrido del zorro, el ulular de la lechuza, y el roce de los ratones. Y pasaron seis años de rutinarios cambios naturales, de círculos y espirales y nuestros redondos jardines florecieron todos los años y recibimos la visita de amigos, parientes y desconocidos pidiendo remedios para sus enfermedades, sueños para sus noches blancas, historias para los largos inviernos. Y pasaron seis años de cosechas y una noche de verano, eclipsada la luna, llegó nuestro pequeño Ari, el viajero de la noche, el sueño de las estrellas. Y con él comenzamos a olvidar la partida de las blancas naves y le enseñamos a no temer a la soledad, ni al silencio. Y le mostramos el fuego, el agua, el viento y en noches estrelladas le enseñamos las rutas blancas, las estrellas fugaces, la cambiante luna. Y en el frío invierno aprendió el significado de las huellas en el bosque. Y no temió al bosque. Y en primavera reímos juntos y festejamos el deshielo y observamos el retorno de los patos, el cantar de los estorninos, el tamborileo de los pájaros carpinteros. Y en verano adoramos el solitario vuelo del águila y pescamos en el lago y dormimos en las riberas de los ríos sueños de viajes antiguos y

viajamos a la casa grande familiar y visitamos a los amigos y ayudamos a los vecinos y nos bañamos en las fuentes de Thordyr. Y encendimos hogueras en las fuentes, pero ya nunca más bebimos el amargo caldo de las plantas.

Y ahora, mientras Ari juega y ella teje una estera de otoño, recuerdo este largo tiempo transcurrido en medio de los círculos del bosque y sus horizontes. Y ahora, mientras observo los cambios que el tiempo ha instaurado en esta cabaña, recuerdo nuestra visita al último mago, sus jardines circulares, sus plantas de sueños. Y ahora, cuando sopla el frío viento en las montañas de Jotunheimen, veo sin mirar otros jardines circulares, los de Santa María en la isla de las flores. Y en estos momentos de silencios blancos pienso en nuestros jardines, herederos del saber antiguo, y veo en los senderos de mis sueños a un jinete de oro que cabalga por el valle. Y en el silencio nevado escucho su lejano galope acercándose, visitante sin palabras, viajero sin destino. Y en mis labios comienzan a nacer las viejas palabras misteriosas. «Nada que hacer. Blancas naves abandonan el mundo. Obedezco y parto». Y mis manos ciñen con la correa de cuero negro la túnica de lana blanca y tantean la bolsa de cuero y las hojas secas en él contenidas. Y a medida que el galope se acerca siento que una niebla láctea se esparce por la sala y que ésta navega por un mar de plata. Y velas blancas se hinchan de viento azul. Y los latidos del corazón se convierten en espaciadas mareas y blancas naves abandonan el mundo. Y obedecemos y partimos, y escucho, escuchamos, un galope detenido, unos pasos y abro la puerta, y en el lado sur de la sala sólo se escucha el sonido de las playas y una mano pequeña toma mis dedos y una mano cálida y suave abraza la otra mano infantil y abrimos la puerta y un jinete de oro nos entrega un mensaje y obedecemos y partimos y en la sala sólo el sonido de las playas, sólo naves blancas que parten y en el cielo gaviotas de negras alas. Svartbaks de negras alas y obedecemos y partimos...

Naves blancas que parten y un parpadeo de luz y un hormigueo cada vez más molesto en tus piernas, en tu espalda, en tu trasero y una mesa con libros esparcidos

y una mano que te toca el hombro y una voz femenina que te dice que si te encuentras bien, que qué te pasa, que por qué no contestas, que tienen que cerrar la biblioteca. Y tú que tardas en comprender. Que no sabes donde te encuentras, que blancas naves parten de los puertos y una luz de flexo te deslumbra y enfocas la mirada y ves. Y te acuerdas que estás leyendo una copia del *Codex Aureus* y que lo haces en la sala de investigadores de la biblioteca de la universidad y cierta sensación de vértigo te hace levantar de un salto y vuelves a asustar a la bibliotecaria y ella, con su sobresalto, te asusta a tí y todo ocurre en pocos segundos, décimas de segundo, aunque vuelves de horas, días, catorce años, siglos en un mundo extraño y a la vez familiar. Y ya no escuchas el viento de las montañas de Jotunheimen sino el arranque de los coches en el aparcamiento de la biblioteca y los miras con rencor mientras te disculpas con la preocupada bibliotecaria. Recoges tu mesa y con paso lento, como si hubieras vuelto de otra vida, sales a la noche mientras la nieve silencia tus oídos. Pero aún escuchas la frase del ermitaño y aunque tomas el tranvía para volver a casa sigues recordando la extraña visita de un jinete de oro en el perdido valle de Snerthingdal.

AUTOPISTA

V

Ya llegamos, cansados, con el cuerpo hecho un dolor roto y las rodillas hinchadas y el cuello gritando, maldiciendo, suplicando un masaje. Pero llegamos al sur, y los sentidos se alborotan despertando de un largo invierno nórdico. Primero fue la vista al encontrar un Mediterráneo azul, azulísimo, salpicado por las mejilloneras francesas y un campo repleto de sucios invernaderos de plástico en los que alegrar la vista. Civilización, humanismo. Después la brisa cálida nos trajo el olor del pino, del romero, la manzanilla y el tomillo. Y los perfumes de los vertederos, los cementerios de coches y los gases. Cultura, poesía. Paramos en una cafetería de la autopista, hongo purulento del asfalto, y pedimos un café corto, por fin esa posibilidad, y nos ofenden con un sabor a chicoria, lavavajillas, agua sucia y un precio insultante. Y nos encaminamos enfermos y castigados por la desidia de la camarera a unos servicios tan franceses como los gestos de la cajera. Y hartos de malos tratos nos vaciamos con la dicha del que se ha retenido a causa de los tiempos de la autopista. Placer del que se sabe purificado, armonía. Y salimos con cierto odio al aparcamiento y escucho encantado a estorninos, aviones y gorriones. Y veo la primera pajarita y la veo

por detrás y sé que la buena suerte me acompañará este año. Y huelo a campo seco y aromático, a mi bosque. ¿Mi bosque? Bosques arrasados por la especulación y el abandono. Bosques corrompidos con árboles extraños, bosques quemados por la barbarie, por esa locura, esa alienación que nos invade arrancando nuestras raíces milenarias en aras de un mundo destinado a la producción masiva de objetos, al consumo masivo de objetos; en aras de un despilfarro que nos aniquila y entontece, sacrificando nuestro pasado, nuestro presente y futuro por esta masificación insoportable, tan norteamericana, tan cargada de suicidio inconsciente y colectivo. Y presiento ya los límites de los huertos de naranjos y limoneros. Y presiento, sí, la frontera del secano y el regadío. Mi tierra, ¿mi tierra?

Y tras recorrer estos tres mil quinientos quilómetros de inmovilidad absoluta, de estancamiento, devolveremos la máquina que nos libró de la tiranía de los horarios, del horror de los aeropuertos, de la miseria de los turistas y de la de los uniformados burócratas de la ridícula, grandilocuente y afrancesada Comunidad Económica Europea, y nos recogeremos en la casa de la playa, y tomaré un café reconocible como tal y desviaremos la mirada hacia la pinada para mirar, sin ver, el silencioso canto de los estorninos y gorriones. Pero eso será mañana. Mañana, mañana de jaras y romeros, de pinos reseco, encinas y yodos marinos, de pestilente tráfico, ruido y moderna mierda ciudadana. Pero ahora es hoy con su necesaria carrera hacia esa amargura del reencontrarse con tu antes bonita ciudad, hoy Beirut caótico.

Y llegamos a la pirámide catalana y posmoderna de la frontera, y vislumbramos el abandonado castillo, tan hermoso, tan inútil, y pasamos el cerro mítico y cruzamos la última frontera, la última posibilidad de alguna humillante inspección aduanera. El último castigo de la historia. Y conducimos por Cataluña y desperdiciamos la belleza de su dulce paisaje corriendo sobre la cinta negra de asfalto. Sin detenernos, sin detenerte, corriendo hacia unas chuletas de cordero, un vino decente y un buen carajillo de coñac. Acelerando, vibrando con el motor de este mito de hojalata e

ingeniería, temblando de deseo por una cama conocida, recordada y abandonada en tu casa. Y te asaltan las dudas físicas, el miedo a la burocracia valenciana, el horror a las oficinas de la administración, la impotencia ante las compañías de servicios. Y no puedes dejar de recordar a esos mozos de muchos años precursores de la novela picaresca y de nuestros tiempos modernos. Pero ya llegamos, sabes que llegamos ya al paisaje de tu dolor, de tu desarraigo y de la amistad. Llegas a tu geografía y lo haces después de tres mil quinientos kilómetros de recuerdos, de amor y dolor. Y lo haces tras cuatro días de asfalto, pestilentes cafés, placer de urinarios y calambres en la pierna derecha. Y lo haces tras treinta y siete años de descargas eléctricas en el cerebro, sangre bombeada y vientos pulmonares. Y lo haces como el guerrero birkebeiner, el emboscado, sin saber lo que buscas, aprisionado por las imágenes de tus recuerdos, ajeno a los gestos actuales y desorientado ante la mudez de esos horizontes infinitos. Y te sientes un nabateo en Europa, un hombre de los tiempos en los que vivía la humanidad en la instantánea eternidad del mito. Porque en realidad somos seres míticos condenados o redimidos -según el color de las etiquetas implantadas en nuestras vidas- por el sueño de la historia, de sus cifras y de su voluntad de pervivir. El progreso. Pero cuando cerramos los ojos y miramos con las palabras y frases de nuestros cerebros y sus eléctricos monólogos nos sabemos, o quizás simplemente vivimos, en nuestra dimensión de mitos enlatados en un cuerpo que nos sostiene y limitados por la moralidad de nuestra personal historia. Modelos. Sueños de la razón que sin ser monstruosos nos acercan a la supervivencia física y a la autoinmolación como individuos y especie. El dolor, el recuerdo, la pasión, el amor y la muerte, lo esencial de nosotros, se nos muestra con todo su esplendor en los agotadores viajes por la autopista. En esos trayectos que nos silencian y nos transforman en nuestra exacta condición de moscas enfrascadas en bolas de cristal. En esos viajes agotadores liberamos el pensamiento y el rencor. Recordamos, o mejor, reconstruimos nuestros pasados y hablamos sin límite sobre esa opresión en el pecho, las difusas angustias y

el ronroneo estomacal. Sí, las autopistas en su absoluto silencio nos indican lo muy enfermos que estamos de progreso y mentiras.

Y ahora paras a cada instante, no porque desees tomar más café y visitar más servicios sino para pagar incesantes peajes. Y nos sorprendemos pensando en la extraña lógica que rige la ecuación a más estaciones de peaje menos servicios, más pobres, feos y sucios. Pero continuamos, ya sólo pensamos en la llegada, hay que llegar, a pesar de los pesares, a pesar del dolor físico, a pesar de la enfermedad que nos asola, a pesar de saber lo que nos espera en esa ciudad, en la Florencia de los gatos. Los nervios se desatan, corre, corre, corre no pares ahí, no descanses allí, sigue, sigue, sigue...

Pero no, la experiencia de otros viajes se nos impone. Paras en una cuneta ampliada que aquí se llama área de descanso. Un despoblado con árboles de campaña municipal que aún no han sido arrancados por algún ciudadano ibérico. Árboles en permanente agonía. No hay agua, no hay servicios, sólo una señal de tráfico con una «P» gigantesca y desolación y una papelera repleta y basura por todas partes. Mítico sur. Decadencia y triunfo de lo ajeno. Muchas veces has pensado ¿qué buscan los que nos visitan? ¿Alcohol barato? ¿Sol? ¿Bañarse en la cloaca mediterránea? Vienen de países hermosos, racionalistas, para ser maltratados, No tengo nada que objetar, pero no deja de ser extraño, sobre todo cuando los visitantes se agrupan en zonas de castigo sin contacto con los pobladores, con los ciudadanos y sus ciudades. Allí donde el paisaje esté más arrasado, allí donde la cultura se resume en pollo frito, hamburguesa con salmonela y torneos medievales, allí donde no haya agua potable y los riesgos de infección sean más altos, allí los encontraréis. Hermosos, felices, borrachos, dementes bárbaros del norte observados hasta la crueldad por un débil y a la vez poderoso sur disuelto en basura química, en basura publicitaria. Porque ellos son fuertes en su locura, en su estupidez de inconscientes temerosos de pensar, de usar sus viejas culturas para gozar de una vida que arruinan con prisiones de plástico y petróleo, con televisores y automóviles, esas dos manifestaciones de la peste del

«estilo de vida americano» que nos uniforma y que ha poblado tu paisaje de guetos turísticos para ciegos, sordos, locos y maleantes.

Y eso es en lo que ha quedado tu tierra, a eso vuelves para observar que todo ha cambiado. Que todo es ruido, que cada día cuesta más abrir la boca para respirar y hablar, que los cristales de sus escaparates te bloquean, te enmudecen; que se cierra el negro círculo, que parten las blancas naves de los brumosos puertos de Thule, que parten las blancas naves de los abandonados puertos de Mauritania, que parten las blancas naves de ninguna parte y de todas.

Y ves que no puedes descansar, el rebufo de los coches que circulan por la autopista agita el volvo, arrancas, enfilas la ruta, el trayecto de Barcelona a Tarragona, la fealdad absoluta, el tedio más enorme, y sientes la necesidad de encontrarte con más palmeras, con breves pinares rodeando alguna casa en uno de los extremos de algún huerto de naranjos. Necesitas llenarte la mirada con el verdor de los árboles traídos a estas tierras hace siglos, con el colorido de sus frutos. Sentir la cercanía del próximo jazminero, del azahar, de la pólvora quemada. Y abandonas ese horrible trayecto y te aproximas a ese extraño mundo que se perfila en las estribaciones del Maestrazgo y todo es verde y a lo lejos todo pardo y azul. Y abandonas por un instante las planicies y asciendes las últimas colinas para encontrarte con una historia de cultura, guerra y sacrificio que ya nada tiene que ver con lo que le rodea y ya llegas, sientes que ya llegas, lo has sentido desde que entraste en la Provenza francesa, llegas al sur de tu sur inmenso, llegas a tu paisaje, al paisaje enquistado en nosotros. Y abandonas los naranjos y todo es agua, todo arrozales inmensos, todo luz, todo sol imaginado y por todas partes plásticos, carrocías abandonadas, cementerios del progreso, química y basura. Por todas partes basura, basura por todas partes. Basura.

EPÍLOGO

72

"»Sabe lo que yo creo? Creo que todos los seres humanos viven al mismo tiempo muchas vidas, y que la sombra roja que puede caer sobre un pedazo de cristal como éste es, en realidad, la sombra o el reflejo de algo que ya ha sucedido en otro lugar."

Lars Gustafsson. *Bernard Foys tredje rockad.*

Por fin llegamos a lo que era tu casa, por fin pude detenerme en algún lugar, aunque sospecho que por poco tiempo, por fin recobré la armonía del que deshace el equipaje y reordena sus límites en un afán imposible de alcanzar la paz, el silencio interior. Y después de hablar con el camarero del bar, tras tomar el anhelado carajillo, recibir las informaciones de Carlos, el portero: los días de «gota fría», los vendavales de viento, las lluvias de arena del Sahara, los incendios. Y después volver a casa como si no te hubieras ido nunca. Sentarte en tu butaca, respirar el aire marino que entra por el ventanal de la terraza, mirar hacia la Albufera justo cuando se pone el sol, ese sol que sólo existe en esta tierra de planicies geográficas y humanas, de tradiciones ajenas al mundo que la rodea. Esta tierra de tópicos vividos diariamente y deseos boloñeses. Y cae la noche y empiezas a sentir el nerviosismo de las primeras horas nocturnas, un nerviosismo molesto que se suma al del cansancio de la autopista, y temes el insomnio en esta solitaria casa de la playa. Sí, te asusta de tan conocido, y cae la noche.

Noche, noche de insomnio tras los quilómetros, noche de recuperar el tacto, los colores, las voces de los objetos de tu casa. Noche de escuchar *Veles e vents* y otras canciones casi olvidadas. Noche de tabaco y silencio mirando el reflejo en la Albufera de las luces de los pueblos, destruidos y enajenados, de sus orillas. Noche pensando en viejas historias familiares, en tu madre perchando y navegando con la vela latina al viento por entre los canales de los arrozales. Noche maldiciendo la destrucción de tu paisaje vivido, de tu

pasado escuchado y soñado. Noche estática, noche de necesario freno, de relajamiento tras la velocidad de estos últimos días. De la velocidad propia y de la ajena, la tuya en el bergamiano volvo y la del autobús de la *Unión de Benisa* una vez entregado el coche en Alfaz del Pí. Noche de voces sordas, de desasosiego, de opresión en el pecho, de añoranza de paisajes perdidos, aunque vivan irremediabilmente en ti, y de añoranza de tu geografía escandinava. Noche de ausencia de palabras de viento.

Nada que hacer, se acerca la madrugada y no puedes dormir. Madrugada, complicidad de las calles, ruido de bares y quizás algún conocido con el que compartir la banalidad de algunas palabras. Salir, coger de nuevo un coche para subir a la ciudad, combatir esta soledad nerviosa con la ciudad nocturna, con las ratas y el alcohol. Y en realidad, ¿por qué no? Sabes que es imposible escapar a la fascinación de una conversación con algunos de tus viejos amigos apoyado en la barra de algún bar para sordos. La fascinación de esa chispa de las primeras copas, aunque también sabes que después vendrán las otras, las peores, las de sentirte sin gracia, abandonado, «tirao», en esta ciudad que de tan fiel te ha abandonado siempre.

Pero el silencio, este silencio, cómo interpretar el silencio reinante en mi viaje por la autopista. Ese viaje maldito hacia mí mismo y el diálogo silencioso, en el silencio, en la pecera de mi cuerpo. Cómo saber del silencio de los viejos manuscritos, del viejo manuscrito del emboscado.

Ellos parecen no sentir esta pasión que me aniquila, ellos fingen sus verdades en los falsos laberintos de sus gesticulaciones.

- Un J&B con hielo. Sí, con hielo.

- Un gin tonic.

- Un bourbon sin agua ni hielo.

- ¿Cómo te fue? ¿Cuándo has llegado a Valencia? ¿Qué haces en Oslo? ¡Qué frío! ¿No? ¿Y quién es esa chica tan guapa? ¿Y cómo están los tuyos? Mira esta fotografía de mi hijo. ¿Cómo se llama? Are ¡Uf, cómo se te parece! Y tú, ¿cómo está? ¿Qué tal por el departamento? Qué sabes de Javier y qué del genio y

qué tal tu nueva vida de casado y cuándo lees la tesis y para cuándo tu oposición...

Pero tú sabes del silencio, ese silencio que envuelve al sonido definiéndolo. Pero tú sabes del silencioso ruido de estos bares valencianos, de estas calles valencianas, de estas conversaciones nocturnas teatrales y valencianas previas al abandono alcohólico. Y también sabes del sonido de tus mercados, del Central, del de Colón, del Cabañal; de los sonidos que lo son porque tú quieres que lo sean. Pero, ¿y el silencio? Ese silencio que nos dice lo que somos y lo que no somos. Que nos mata y que nos da la vida. Ese silencio que nos acompaña desde dentro hacia fuera y que nada tiene que ver con el horror de las miradas, de estas miradas. De ellos y su ruido y su necesaria ocultación de la nada y su pavor ante sus propios silencios.

- Debe de ser agotador un viaje de tres mil kilómetros atravesando Europa, ¿no? Y tú sabes que es un agotamiento nervioso y físico ajeno al cansancio del silencio pensado de tu conversación convulsiva, pero tranquila, contra el cristal que te hace hombre limitándote en un hacia fuera y un hacia dentro.

- ¡Qué maravilla atravesar Europa! ¡Debe ser excitante recorrer tantos países, tantas culturas, tantos idiomas, tantos pueblos! Lo es, aunque tú no hayas abandonado en ningún momento las montañas de tus pecados, los cielos de tu esperanza, los valles de tu salud, los ríos de tu tiempo, la tempestad de tus lagos, y el viento, y la luz oscura y el pánico deseo. Ese horizonte exterior y teatral; y ese otro íntimo y moral. El único que existe porque se oculta tras tus ojos, tras tu mirada, a través de tu mirada.

- ¿Y es caro? Sí, mi querido amigo, es mortalmente caro, como ahora acercar este vaso largo lleno de J&B a mis labios para llenar mi estómago, mis vísceras, de su líquido y mi cerebro de su color. Mortalmente caro, como cada instante que transcurre en mi vida, como esta angustia de sentirme los latidos de mi único y quizás irremediabilmente enfermo corazón.

- ¿Y ese pañuelo, y ese cambio de pelo y el chaleco de piel? ¿Nueva imagen o es que eres ya escandinavo? Imágenes, siempre imágenes explícitas, siempre

superficiales imágenes que nos anulan, nivelan, interpretan, uniforman y aniquilan en un gris impuesto por la propaganda. Pero es que no se llevan ya esos pañuelos de seda hindú. Y tú qué sabes, quién me dice a mí lo que se lleva, esclavo del espejo, necio inquisidor.

- Tú ya te quedaste allí para siempre, ¡con la falta que haces aquí! Y otro J&B y el dulce sentirse envuelto por las caricias del autosufrimiento, de la deliciosa culpabilidad, de la miseria moral de estos tiempos, pero ¿tú sabes cuándo me fui? Pero, ¿me he ido en realidad? Y qué falta hago yo en esta ciudad bombardeada, en esta ciudad cada vez más cerrada para mí. Más ficticia, más ajena. Una ciudad que conocía, que desconozco y que me atormenta con nuevos y viejos miedos.

- ¿Hasta cuándo te quedas? ¿Quedarme? Pero ¿acaso estoy aquí? Qué significa quedarse, qué significa realmente quedarse, qué sentido le otorgas tú a ese quedarse. Cómo puede uno preguntar tal cosa. Cómo puede haber alguien que se atreva a preguntarme eso. Y ya es el tercero de la noche y cada vez me entra mejor, ya casi como agua de los viejos arroyos de Escocia, y ya son muchos los cigarrillos Partagás, y centenares las preguntas, y miles las miradas e infinito el silencio. Y llegas tú y sabes que son absurdas las palabras, que somos absolutamente diferentes y a la vez que nos conocemos tan bien, que nos comprendemos sólo con mirarnos, como aquella noche en Geiranger. Y tú también con tu dolor, con las afrentas de la vida, con ese voluntarismo moral. Y tú con tu barroco ficcional y misterioso. Y todos sabéis lo que significa el silencio, lo que presupone el silencio, lo que nos eleva el silencio. Y todos viajáis en mi laberinto, en el espacio infinito que se abre entre la electricidad de mi cerebro y la sangre de mi corazón. Pero es tarde, tan tarde, y ya son cinco los J&B, los dos últimos bebidos con rapidez, con la necesaria esperanza de no perder el tren esta noche, con la experiencia del que teme por su vida en los sueños perdidos en los bancos de la estación. Y docenas de cigarrillos, y ninguna esperanza, y las miradas, y un abismo en el pecho y un único silencio, el mío,

mientras temeroso entro en la noche de un próximo amanecer en no sé dónde.

Me voy. Camino por estas conocidas calles del viejo Valencia, estas calles que he recorrido en todos los estados posibles de mi alma. Calles en las que ya no me siento tan seguro porque envejezco, porque como dice uno de mis libros de cabecera «ya no tienes gracia», porque embriagado de whisky y tabaco soy consciente de mi actual estado de inconsciencia y soledad. ¿Dónde hay una parada de taxis? Dónde hay un maldito taxi que me conduzca a mi arboleda en la playa donde poder acechar los espejos de mi conmiseración y mi desaliento. Donde poder perdonar y ser perdonado. Donde recomponer el cuerpo sin la esperanza de poder hacer lo mismo con mi oleaginoso y eléctrico socio en esta absurda aventura del vivir sumido en la melancolía.

Y ya llego, y ya consigo abrir la última tapa de mi estuche privado, y ya -aterido de un frío inexistente- me desnudo haciéndole ascos a una ropa maloliente de tabaco, alcohol y ruido. Y, más tarde, busco a tientas la cama, mi cama, donde hacer que el tiempo se detenga o que galope enloquecidamente hacia mi salvación. Mi salvación física, paradójicamente unida a este extraño dolor en mi pecho y al temor de un descontrolado sueño tumbado en la cama. Pasar la noche, renacer, poblado de dolores, a un nuevo día. Buscarme y buscarte desesperadamente y desear la llegada del sol, de un sol, de mi sol. Redimirme en ti y, solo, escuchar el silencio de mi pensamiento. El lento fluir de mi pensamiento entre los cantos rodados de las palabras que edifican el cristal del silencio. De todo el silencio. De todos los silencios. **Silencio.**

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
1 DE JUNIO DE 1999, EN LA CIUDAD DE
VALENCIA